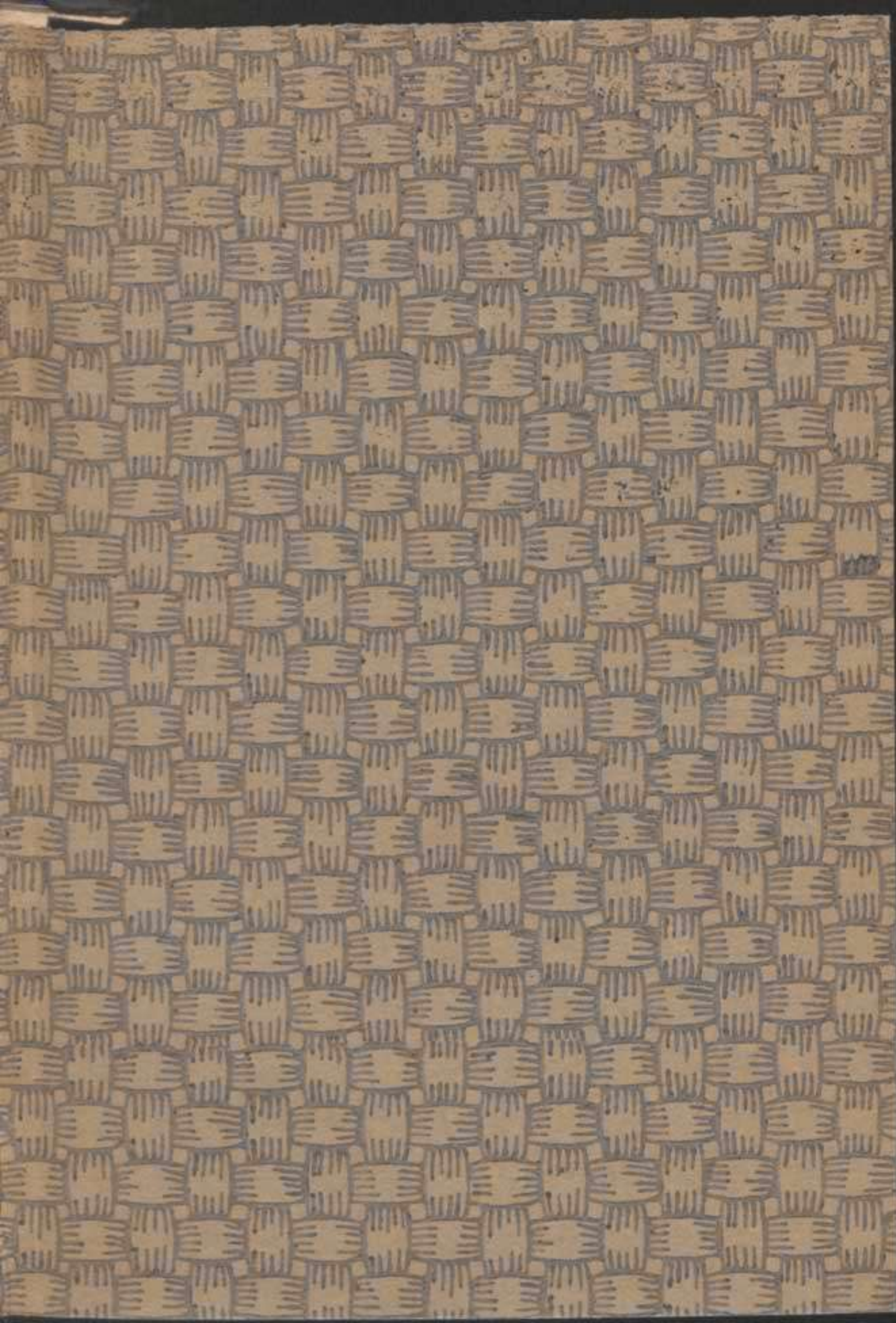


ESCRITORES
DEL SIGLO DE ORO

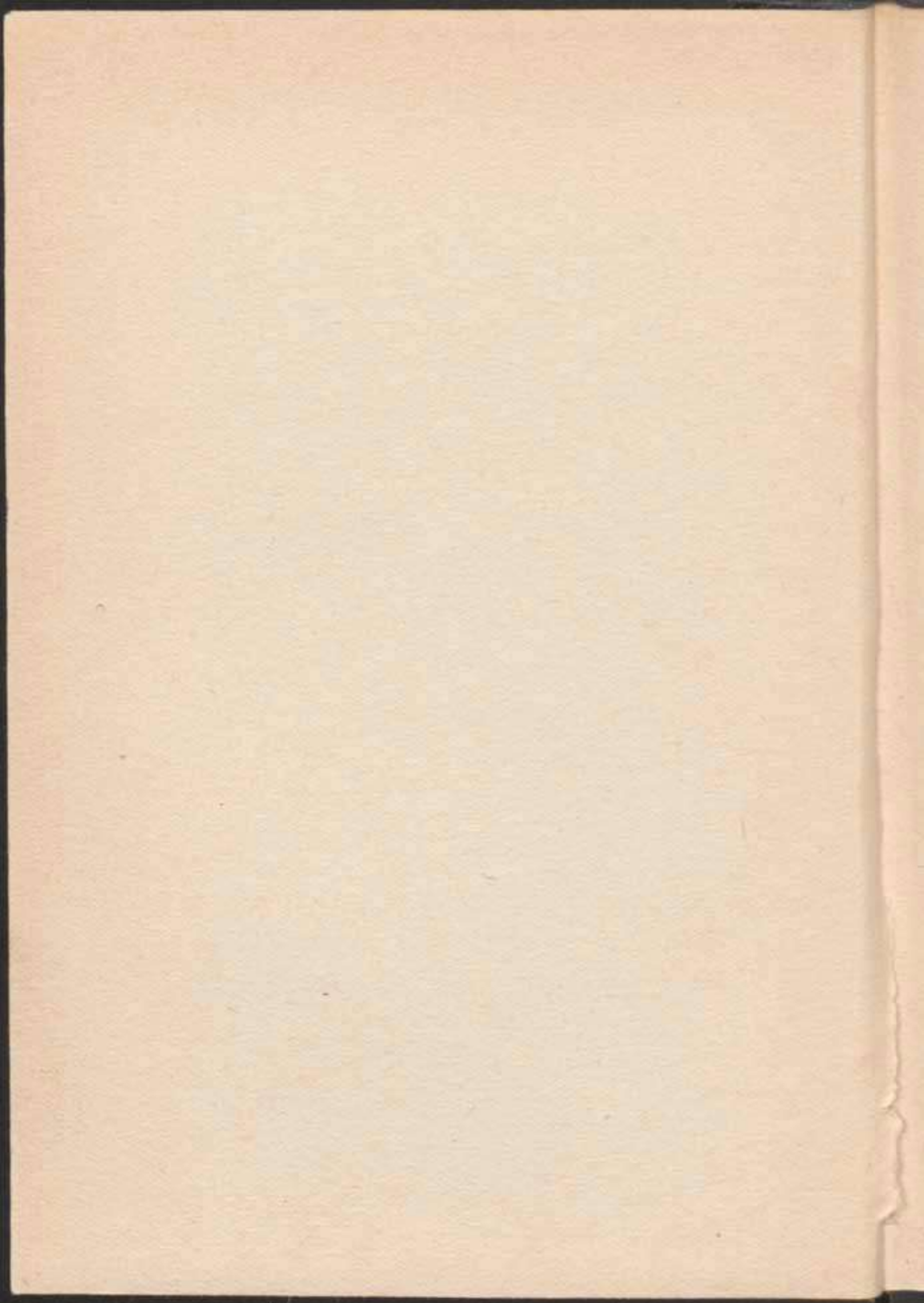


SUS MEJORES OBRAS
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS
COLECCION ORTIZ





LE-3226





ESCRITORES DEL SIGLO DE ORO

**SUS MEJORES OBRAS
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS**

COLECCION ORTIZ

LOS CLASICOS CASTELLANOS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Adaptados por Manuel Abril, Isabel O. de Par-
lencia, Emilio R. Sadía, Julio de Ugarte, José
de la Vega, Fernando de Tabarca, J. Demuro, etc.

Ilustraciones de Melendreras, Ibáñez, Elena
:: Verdes Montenegro, Gori, Oliver y otros ::

Calderón de la Barca.

Lope de Vega.

Cervantes.

Lope de Rueda.

Tirso de Molina.

Don Juan Manuel.

Alarcón.

Francisco de Rojas.

Moreto.

Moratín.

Duque de Rivas.

Vélez de Guevara.

Escritores del Siglo de Oro.

Guillén de Castro.

Pérez de Montalbán.

Hartzenbuch.

José Zorrilla, etc.

ira de Amescua.

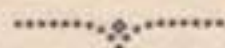
García Gutiérrez.

Don Ramón de la Cruz.

Q. 3 pto

C O L E C C I O N O R T I Z

**ESCRITORES DEL SIGLO
DE ORO**



**Sus mejores obras
al alcance de los niños**

==== POR ====
J. DEMURO



**EDITORIAL ESTUDIO
DE JUAN ORTIZ**
Marqués de Torrelaguna, 20
CIUDAD LINEAL - MADRID

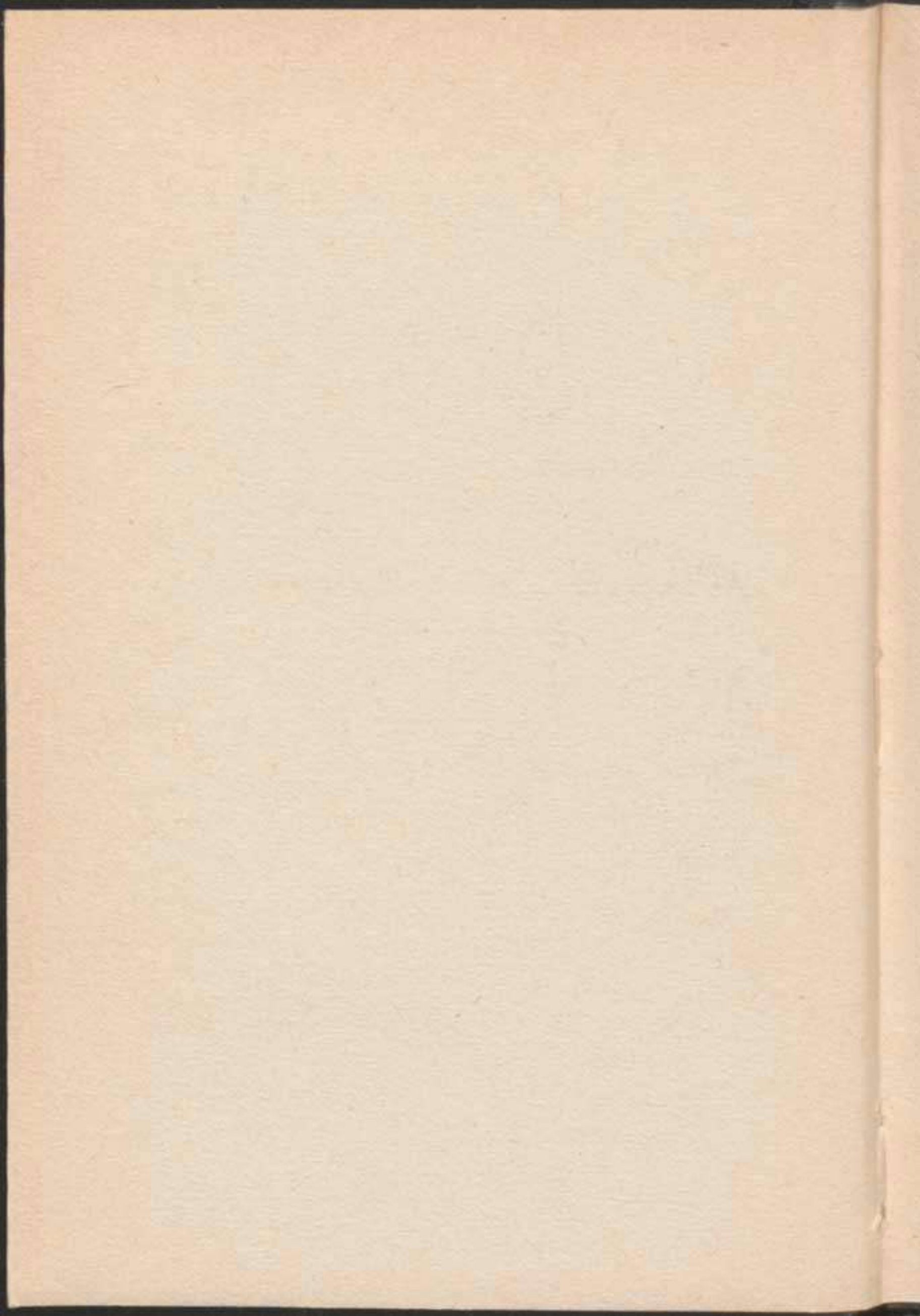
27

PROPIEDAD
REGISTRADA



INDICE

	<u>Págs.</u>
Antonio Coello.	
<i>El conde de Sex o Dar la vida por su dama</i>	9
Antonio del Castillo Solórzano.	
<i>El Marqués del Cigarral.</i>	35
Rodrigo de Herrera.	
<i>Del Cielo viene el buen Rey.</i>	49
Antonio Huitado de Mendoza.	
<i>Los empeños del mentir.</i>	75
Jacinto de Herrera.	
<i>Duelo de honor y amistad.</i>	99



El Conde de Sex o Dar la vida por su dama

I



S de noche.

La primavera, ya avanzada, ha colgado su toldo de verdura en las copas túrgidas de los arces y acacias que jalonan las avenidas del parque señorial.

A lo lejos, el Támesis rumorea entre las juncias que tapizan sus márgenes. Un hilo de plata líquida, desprendido de su corriente, zigzaguea en el jardín solitario bajo las pérgolas floridas.

De pronto, un rumor leve, como de grava

que resbala bajo una planta fugitiva, turba el silencio nocturno.

Una figura ingrávida avanza por el sendero enarenado hacia el regato cristalino.

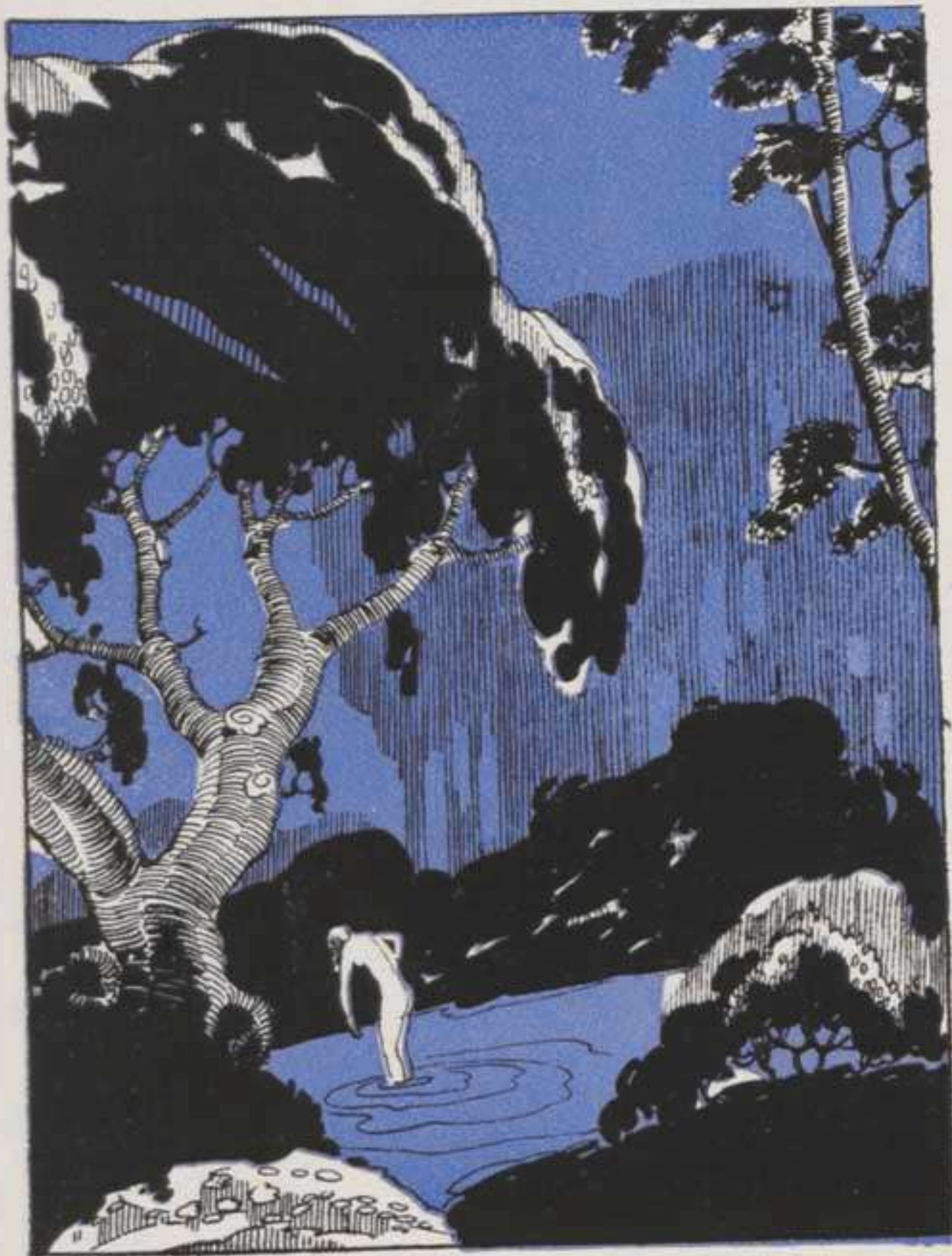
Los pliegues del cendal azul y transparente, en que la mágica aparición se envuelve, modelan las formas esculturales de un cuerpo de mujer, cuyo rostro, por un exceso, sin duda, de pudoroso recato, se encubre a medias bajo un antifaz de seda.

Llegada al borde del arroyo, deja caer la túnica flotante, y la luna maquilla con su luar feérico las carnes de la diosa, que parecen esculpidas en mármol de Paros por un cincel helénico.

Tras un instante de vacilación, la náyade hunde su gracia hechicera en el líquido aljófara, descuidada e indolente, sin sospechar que unos ojos codiciosos, parapetados tras un bosque próximo, han espiado todos sus movimientos, sin perder detalle de la escena.

Ahora los ojos aguardan con ansia que la escultura maravillosa emerja de las aguas del arroyo, como emergió la anadiómena pagana entre las espumas de Citeres.

Mas cuando esto sucedió, y apenas envuelta la misteriosa bañista en su túnica azul y cal-



...la náyade mide su gracia hechicera en el líquido...

zados sus diminutos pies con el negro coturno, sobrevino algo inesperado y terrible.

Una voz ronca detonó en el silencio:

—¡Muere, tirana!—y aparecieron dos enmascarados, uno de los cuales disparó su arcabuz sobre la inerme y aterrorizada mujer.

—¡Favor!—gritó ésta—. ¡Ah, traidores!

Pero el más resuelto de los asesinos se abalanzó sobre su víctima con la espada desnuda, gritando:

—Si falló la bala, este acero consumará la venganza.

—¡Eso no, villanos!—clamó el caballero que, recatado tras el boscaje, había presenciado la escena del baño; y añadió, arremetiendo valerosamente contra los agresores:

—¡Yo la defiendo!

Viendo aquéllos que la ocasión se había malogrado, pues el valiente paladín resguardaba a su protegida, trazando una zona infranqueable con el torbellino vertiginoso de su espada, emprendieron una prudente retirada y desaparecieron velozmente del campo de batalla.

—¿Estáis herida?—interrogó con interés el caballero, que era un mancebo de gallarda apostura y noble continente, disponiéndose a emprender la persecución de los asesinos.

—No... pero no los sigáis; temo vuestro riesgo.

La voz de la joven bañista temblaba de emoción, y sus ojos negros y brillantes, a través de las cisuras del antifaz, se clavaban fijamente en su denodado salvador. Al ver en su mano diestra huellas de sangre, añadió la enmascarada:

—¡Oh!, ¿estáis herido?

—No es nada; un rasguño.

Pero la dama le hizo aceptar la banda con que se ceñía la túnica, para que restañara la sangre que manaba de la herida.

—¡Gran favor me hacéis!—articuló el caballero.

—Más os haré algún día, porque más merecen vuestra nobleza y vuestro arrojo—respondió la dama, y musitó tenuemente par así: —¡Oh, a pesar de que en la obscuridad no distingo bien su rostro, me parece el conde de Sex... (1) Más ¿cómo ha regresado de la guerra sin que yo lo supiera?

En este punto se separaron ambos interlocu-

(1) Indudablemente, la transcripción correcta de este título inglés sería Essex, como la del francés Alansón, que más adelante aparece, debiera serlo Alençon; pero nosotros hemos querido respetar las grafías que emplea el autor de la comedia.

tores. La dama se alejó por una de las avenidas en dirección a la mansión señorial, y el caballero se quedó inmóvil y meditabundo, murmurando en su interior:

—¡Si fuese la Reina...! Mas no; es delirio... Y sin embargo, el tono, la voz, el ademán...

De su meditación vino a sacarle Cosme, su criado, que le invitaba a abandonar el parque, pues como la alarma había cundido, corrían el riesgo de ser sorprendidos, cosa que en modo alguno les convenía.

Porque el conde de Sex—este era, efectivamente, el paladín de la dama agredida—acababa de regresar de una campaña marítima en que, al frente de una poderosa escuadra inglesa, había destrozado los restos dispersos de la *Armada Invencible* que contra Albión enviara el orgulloso Felipe II, y que tan lamentable fin tuvo.

Su primera visita quiso dedicarla a su amada Blanca, a la que desde años atrás amaba en secreto. Y aquella noche se encaminó hacia la quinta de recreo que a dos leguas escasas de Londres tenía la doncella.

Valiéndose de una llave que poseía, abrió un póstigo del parque, y a poco de penetrar en él le sucedió la aventura que acabamos de narrar.

Cuando al siguiente día el conde pudo avis-

tarse con su amada, pasadas las primeras efusiones entre los enamorados, la doncella habló así:

—Ya sabes que mi cariño hacia ti ha llegado hasta el extremo de hacerte el sacrificio de mi honor. No nos casamos entonces por temor a la oposición de mi padre y de mi hermano, que siempre fueron enemigos de tu casa. Muertos ellos, nuestra unión será inmediata. Mas antes he de poner a prueba tu amor y tu adhesión.

—Di, Blanca mía. Todo lo sacrificaré por ti.

—Pues óyeme: ya sabes que la Reina Isabel de Inglaterra ha dado muerte infame a la infeliz soberana de Escocia, María Estuardo.

”¡Oh, la envidia y la ambición se parten por mitad el corazón de la Reina de Inglaterra!

”Mi anciano padre y mi hermano Ludovico fueron aprisionados primero, y asesinados después, por el enorme delito de no haberse querido ensañar en la persecución de la inocente víctima. También mi primo Roberto hubiera corrido la misma suerte, de no haber huído a las montañas de Escocia, donde vive oculto y sin estado. Yo—óyeme bien, conde—quise vengar a los míos y a la infortunada Reina de Escocia. Aprovechando la ocasión de que la Reina Isabel había venido a pasar unos días en mi quinta, le

escribí a Roberto; llegó él en secreto, y anoche, cuando la Reina se paseaba sola por el parque, mi primo y un hombre de confianza la atacaron dispuestos a vengar tantas ofensas. Hubo tiros...

—¡Oh, era la Reina!—murmuró en su interior el de Sex.

—Y el monstruo hubiese perecido allí, de no aparecer oportunamente un hombre que, espada en mano, defendió a la Reina. Pero lo que anoche estorbó la fatalidad debe suceder indefectiblemente. ¡Yo lo quiero! Tú eres ya de hecho mi esposo, y, por lo tanto, estás llamado a ejecutar mi venganza; escribe al conde, mi primo; haz que reúna sus amigos, ponte al frente y ¡muera la tirana! Porque, si leal o remiso, dudas o no te atreves, yo misma, conde, arrancaré la vida, como pueda, a ese monstruo sanguinario.

El conde había escuchado a su amada sin interrumpirla; en su interior se libraba una ruda batalla, porque el de Sex era fiel a la Soberana de Inglaterra y estaba resuelto a sacrificar la vida por ella. Pero al mismo tiempo amaba a Blanca... Su situación era, pues, difícil.

Rápidamente concibió un plan que le pareció bueno. Fingiría plegarse a los deseos de su

amada; de este modo tendría en la mano los hilos de la conspiración, y cuando todos los traidores estuviesen reunidos, caería implacablemente sobre ellos y los aplastaría, salvando así a la Reina del mortal peligro que la amenazaba. Luego tendría tiempo sobrado para convencer a Blanca.

Su resolución estaba tomada; se dirigió a un bufete y comenzó a escribir a Roberto, el primo de su novia, comunicándole las primeras instrucciones.

Entretanto, el duque de Alansón paseaba por la crujía que limitaba el pabellón en que se hallaban situadas las habitaciones de doña Blanca, que servía a la Reina en calidad de camarera.

El duque era hermano del Rey de Francia y había llegado a la corte de Inglaterra con el pretexto de una embajada especial de su regio pariente, mas, en realidad, con la mira de negociar su matrimonio con la Reina Isabel.

Pero el de Alansón había sentido la fascinación de la singular hermosura de doña Blanca, y pensó que sus pretensiones a la mano de la Reina no le impedían que tratara de hacer de doña Blanca su amante.

Por esta razón, había puesto cerco a la be-

lla camarera, y aunque ninguna muestra de correspondencia recibiera, andaba siempre rondándola.

Disponíase a penetrar en el aposento de la dama para insistir en sus amorosas pretensiones, cuando se detuvo al escuchar la voz varonil del conde de Sex, que decía:

—Ya está la carta; mi criado Cosme se encargará de llevarla a Escocia. Como ves, le ordeno a tu primo Roberto que congregue a sus amigos, y que a la cabeza de toda la gente que pueda reunir, bien que con gran disimulo, se presente en Londres, donde yo dispondré las cosas en forma que demos muerte a la Reina.

—¡Cielos!—murmuró el duque sorprendido—. ¿Qué escucho?

—¡Muera esa tirana que deshonra a Inglaterra!—prosiguió el de Sex, mientras pensaba en su interior—: ¡Oh, cuando todos los traidores estén reunidos, yo daré buena cuenta de ellos, y la Reina quedará libre de todo peligro!

Pero el duque de Alansón, que no podía leer en el alma del conde la noble intención en que inspiraba sus propósitos, le creyó traidor y se presentó de improviso en la cámara con los ojos fulgurantes de indignación.

—¡Vive Dios!—dijo con voz áspera—que no consumaréis tal hazaña mientras yo viva.

La escena que se desarrolló entre los dos caballeros fué de extrema violencia, porque el conde no quiso descubrir sus verdaderas intenciones, ya que ello hubiera sido poner en evidencia las de Blanca.

Sin embargo, el duque de Alansón, al abandonar la estancia, le dijo al de Sex que mantendría en el más riguroso secreto aquel enojoso incidente para darle tiempo a meditar y arrepentirse de sus desleales proyectos.

—¡Bien!—pensaba en su interior el conde—. Crea de mí el duque lo que quiera, que, llegado el caso, ya verá quién es más leal a la Reina.

Poco después penetraba el de Sex en la cámara regia para saludar a la Soberana y darle cuenta de su campaña marítima contra la escuadra española.

La Reina reparó en la banda que cruzaba el pecho del conde, y que era la misma que ella le diera la noche anterior para restañar la sangre de su herida.

—¡Oh!, no me equivoqué—murmuró doña Isabel con los ojos resplandecientes de alegría—, fué el conde mi valeroso salvador.

Porque la Reina se sentía tiernamente atraída hacia el de Sex, y le amaba en secreto.

—¡Hermoda banda, conde!—añadió en voz alta—, ¿es acaso una prenda de amor?

—La dama a quien debo tal fineza—respondió el conde—está demasiado alta para que lleguen hasta ella mis amorosos anhelos.

En aquel momento sonó en el jardín un laúd, y una voz dulcísima entonó el siguiente cantar:

“Si acaso mis desvaríos
llegaren a tus umbrales,
la lástima de ser males
quite el horror de ser míos.”

La Reina, que había escuchado con suma atención, comentó:

—¡Hermoda redondilla! Me agrada el amoroso concepto que encierra.

—Pues yo la he glosado—dijo el Conde—, porque esos versos dicen bien con mis imposibles amores.

—Pues repetid el mote, y decidme después la glosa.

El de Sex miró apasionadamente a la Reina, y recitó con voz trémula y emocionada:

—*Si acaso mis desvaríos
llegasen a tus umbrales,
la lástima de ser males
quite el horror de ser míos.*

Aunque el dolor me provoca,
decir mis quejas no puedo;
que es mi osadía tan poca,
que entre el respeto y el miedo
se me mueren en la boca;
y así, no llegan tan míos
mis males a tus orejas,
perdiendo en la voz los bríos;
si acaso digo mis quejas,
si acaso mis desvaríos.

El ser tan mal explicados
sea su mayor indicio;
que, trocando en mis cuidados
el silencio y voz su oficio,
quedarán más ponderados;
desde hoy por estas señales
sean de ti conocidos,
que sin duda son mis males,
si algunos, mal repetidos,
llegaren a tus umbrales.

Mas, ¡ay Dios!, que mis cuidados,
de tu crueldad conocidos,
aunque más acreditados,
serán menos admitidos,
que, con los otros mezclados;

porque no sabiendo a cuáles,
más tu ingratitud se deba,
viéndolos todos iguales,
fuerza es que en común te mueva
la lástima de ser males.



En mí este efecto violento
tu hermoso desdén le causa;
tuyo y mío es mi tormento:
tuyo, porque eres la causa;
mío, porque yo lo siento.
Sepan, Laura, tus desvíos
que mis males son tan suyos,
y en mis cuerdos desvaríos
esto que tienen de tuyos
quite el horror de ser míos.

En la expresión del Conde adivinó claramente la Reina el sentido de la apasionada glosa, y pensó, entre complacida e inquieta:

—¿Me conocería anoche el de Sex? ¡Oh!, yo debo atajar este amor insensato.

Y el conde murmuraba en su interior al mismo tiempo: —¿Qué locura es ésta?; ¿puedo yo atreverme a poner los ojos en mi soberana?

II

Ya sabemos que la Reina residía temporalmente en la quinta de doña Blanca, que se hallaba situada a dos leguas de Londres.

Como el conde de Sex debía regresar a la capital ya muy entrada la noche, y como el camino era peligroso por los muchos bandidos que infestaban los alrededores de la gran urbe, Cosme, el criado del de Sex, había llevado, en previsión de un ataque, una magnífica pistola de su señor. Era un arma espléndida, en cuyo cañón se hallaba grabado el nombre de su dueño. Por encargo del conde, Cosme había dejado la pistola sobre un bufete de la habitación de Blanca.

Otra prenda había confiado el de Sex a la custodia de su servidor. Al salir de la cámara real se había quitado la banda para evitar las preguntas que pudiera dirigirle Blanca, a las cuales no le parecía discreto responder.

Pero la doncella había sorprendido al criado cuando trataba de ocultar la banda y comenzó a asediarse con apremiantes interrogaciones, hasta que el buen Cosme, que era más hablador que una cotorra, desembuchó todo cuanto conocía sobre la aventura de la noche anterior.

Doña Blanca sabía bien que la dama agredida en el parque era la Reina, y, en consecuencia, el regalo de aquella banda a su amado desencadenó una tempestad de furiosos celos.

Cruzóse la prenda sobre el pecho, y de esta

guisa se presentó en la cámara regia cuando la Soberana la llamó para confiarle un encargo.

Y también la Reina se sintió celosa al ver que su camarera lucía ostentosamente la lujosa presea con que ella había premiado la noble hazaña del Conde.

No paró en esto la audacia de doña Blanca, sino que, abandonándose a su celoso arrebató, declaró a la Reina sus amores con el conde y le demandó licencia para casarse con él.

Doña Isabel no fué dueña de contener la contrariedad que aquella demanda le producía y que vino a aumentar su despecho por la cesión de la banda, que ella interpretaba como un desaire.

—Señora—dijo osadamente la camarera—, a no tratarse de vos, diría que sentís celos.

—¿Celos has dicho, insensata?—exclamó la Reina con los ojos llameantes y la voz trémula de indignación; luego, mirando fija y severamente a su camarera, añadió:

—No son celos; es ofensa que me estáis haciendo vos. Supongamos que yo quiera al Conde en esta ocasión; pues si yo al Conde quisiera, y alguna atrevida, loca,

presumida, descompuesta,
le quisiera, ¿qué es querer?,
le mirara, que le viera,
¿qué es verle? No sé qué diga,
no hay cosa que menos sea,
con las manos, con los dientes,
con la vista, con las quejas,
con la intención, con el ceño
o con las palabras mismas,
¿no le quitara la vida?
¿la sangre no le bebiera?
¿los ojos no le sacara?
¿y el corazón, hecho piezas,
al punto no le abrasara?

Hizo una leve pausa, trató de serenarse, y añadió:

—Pero vos, estad atenta,
estaréis de esto advertida
para cuando se os ofrezca:
estando yo de por medio,
que no habéis de hacerme ofensa
de mirar a quien yo mire,
de querer a quien yo quiera.
Mirad que no me deis celos;
que si, fingidos, se altera
todo mi enojo, ved vos,
si fueran verdad, qué hicieran.
Pues en ello os va la vida,
aunque vuestro amor se pierda,
escarmentad en las burlas,
no me deis celos de veras.

Pronunciadas estas palabras, doña Isabel señaló a su azafata la puerta del aposento, y apenas se vió sola se dejó caer sobre un blasonado sitial, y entregada a sus tristes meditaciones se quedó dormida.

La puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, y una persona penetró en la estancia con felina cautela.

Era doña Blanca, en cuyos ojos, salvajemente iluminados por una llama homicida, podía leerse una sombría resolución. Su mano crispada empuñaba la pistola del conde de Sex.

Posó en la Reina una mirada impregnada de odio y murmuró con voz contenida:

—¿Conque no te basta, tirana, con haber asesinado a los míos, sino que quieres ahora disputarme el corazón de mi amante? Pues bien, yo seré la que te aplaste, y esta pistola acabará de una vez con tu odiosa vida.

La Reina, entretanto, murmuraba en sueños:

—Conde, Blanca me mata... de celos...

—Bien puedes decirlo—comentó la doncella asestando el cañón de la pistola contra la indefensa doña Isabel.

Pero en aquel momento una mano vigorosa asió la suya, desviando la puntería.

Era el conde de Sex, que, al penetrar silencio-

samente en la cámara, había sorprendido a su amada en tan violenta disposición, y quiso impedir que consumara su crimen.

—¿Tú, a la Reina?—murmuró el conde—, suelta, aleve.

—¡Ah, traidor!—respondió Blanca resistiéndose a abandonar el arma homicida.

Y en el forcejeo que se entabló, tratando ella de realizar su designio, y queriendo él impedirlo, se disparó la pistola.

Al ruido de la detonación se despertó sobresaltada la Reina y acudieron las gentes de su servidumbre, a cuyo frente venía el gran sennescal.

De la actitud en que fueron sorprendidos el conde y doña Blanca se desprendía con toda evidencia el regicidio frustrado. Pero si uno de ellos había intentado asesinar a la Reina, era indudable que el otro le acababa de salvar la vida.

Ahora bien, ¿quién era el regicida y quién el salvador de la Soberana?

—¿Cuál de ellos—murmuraba la Reina—quiso matarme, y cuál me ha librado del asesino? “¿Tú a la Reina?”—dijo el conde, y Blanca respondió: “¡Traidor!”

Esta perplejidad atormentaba a doña Isabel,

y en lo más íntimo de su corazón deseaba que el traidor no hubiese sido el conde, a quien seguía amando con toda su alma.

Pero la pistola había quedado humeando, trémula, en la mano del de Sex.

—Señora—exclamó el senescal—, con vuestra licencia voy a prender al criminal.

—Averiguad antes—respondió la Soberana—quién es el verdadero culpable.

Y envolviendo al conde en una mirada de ansiedad, interrogó con la voz velada por la emoción:

—¿Quién intentó asesinarme?; quiero saber la verdad, ¿fué Blanca?

El de Sex avanzó un paso, y alzando el rostro con noble entereza, profirió:

—No fué Blanca.

—Luego, ¿fuisteis vos?

—No lo sé...

—¿No lo sabéis? Pues ¿qué significa esa pistola en vuestra mano?

El conde vaciló un instante y respondió al fin con supremo desaliento:

—Significa... que soy un desdichado.

La Reina ordenó con voz severa:

—Blanca, quedáis arrestada en vuestras habitaciones... Senescal, prended al conde y con-

ducirlo al torreón, mientras esto se averigua.

Luego añadió en su interior:

—¡Ay, conde, mucho me ofendes!

—¡Ay, conde—pensaba Blanca a su vez—, mucho me obligas!

Y el de Sex murmuraba en su interior:

—¡Ay, Blanca!, ruega al cielo que el amar-te no me cueste la cabeza.

III

El desdichado conde de Sex estaba irremisiblemente perdido.

La fatalidad se complacía en acumular pruebas contra él: todas las apariencias, todos los indicios, le condenaban.

El duque de Alansón había atestiguado que en cierta ocasión le oyó decir, hablando con doña Blanca, que pensaba reunir a sus amigos para dar muerte a la Reina.

Su criado, Cosme, había sido detenido cuando intentaba salir de Londres con dirección a Escocia, y en su poder había sido hallada una carta en que el de Sex excitaba al conde Roberto para que, al frente de los estuardistas, se presentara en la capital con gran secreto, pues

iba a organizarse una conjuración, cuyo resultado final sería el asesinato de la Soberana de Inglaterra.

Y aún había más: el conde había sido sorprendido frente a la Reina con una pistola humeante en la mano; en el cañón del arma se leía esta inscripción, de irrefutable elocuencia acusatoria: "Soy del conde de Sex."

¿Podían exigirse más pruebas para garantizar la justicia de un fallo condenatorio?

No, ciertamente. Y poco tuvo que esforzarse el fiscal para obtener de los jueces una sentencia de muerte.

El conde de Sex veía transcurrir en la horrible soledad de su calabozo, emplazado en un sombrío torreón del Palacio, la última noche de su vida. Apenas el amanecer tendiese sobre la ciudad del Támesis su lechosa cortina de celajes embrumados, aquella noble cabeza rodaría bajo el hacha del verdugo por las gradas del cadalso.

El heroico mancebo estaba resignado con su triste suerte. Durante la instrucción del proceso, y en el acto del juicio, había proclamado su inocencia; pero sin alegar ni una sola prueba en su favor; sus labios no se habían despegado

para acusar a la verdadera culpable; y el amor de Blanca le costaba la cabeza.

Iba mediada aquella trágica noche, preñada de angustias y terrores, cuando chirriaron los enmohecidos cerrojos de la prisión, y en el calabozo, tenuemente iluminado por una lámpara de aceite, se presentó una mujer.

Era la misteriosa bañista a quien algunas noches antes salvara el conde la vida. Su cuerpo airoso y gentil se arrebuja en una túnica azul, y el rostro hechicero desaparecía a medias tras una mascarilla de seda negra.

La desconocida se dirigió lentamente hacia el conde, que en aquel momento se hallaba escribiendo una carta de despedida a Blanca, y le entregó una mohosa llave, diciéndole:

—Estoy en deuda con vos y vengo a pagarosla. Esta llave os abrirá un pequeño postigo que da salida al parque. Huid, conde; no quiero que muráis.

Pero el de Sex se resistió a aceptar la libertad a precio de una huída que juzgaba vergonzosa.

—Si queréis pagar vuestra deuda—le dijo con voz trémula—, conseguídmela una entrevista con la Reina y moriré contento.

—Nada puedo con la Reina—respondió la enmascarada.

—Pues bien, descubríos el rostro, que será para mí lo mismo que ver a la Reina.

Doña Isabel accedió a esta súplica, arrancándose el antifaz, y el diálogo se entabló lleno de palpitante emoción.

Solicitó el conde que la Reina le perdonara, pues era inocente; pero como la prueba de esta inocencia, que tan fácil le hubiera sido demostrar, no salió de sus labios, doña Isabel le declaró que la Reina nunca le perdonaría, pero que la dama del parque, a quien él salvó la vida, quería satisfacer su deuda, abriéndole, por medio de aquella llave, las puertas de su prisión.

—Pues, vive Dios—exclamó el conde con entereza—, que si queréis mostraros agradecida habrá de ser por otro medio más noble, porque a este precio no quiero la libertad.

Y cogiendo con mano firme la llave, la arrojó por el ventanuco del calabozo.

Aquel herrumbroso pedazo de hierro, que era prenda de libertad y de vida, fué a hundirse para siempre en las turbias y fangosas aguas del Támesis.

La Reina abandonó el torreón con el alma traspasada de angustia y los ojos enrojecidos por el llanto... Pero no consintió en perdonar al que juzgaba traidor.

A la mañana siguiente un carcelero entregó a la Soberana la carta que el conde escribiera la noche anterior a Blanca y que había sido hallada sobre la mesa de la prisión.

Rompió doña Isabel el sello y devoró el contenido, sofocando a duras penas los transportes de emoción que la lectura le produjo.

“Blanca—decía el billete—, ya sabes que muero inocente, que nunca quise matar a la Reina, por quien gustoso sacrificaría, no una, sino mil vidas que tuviera. Y en este trance en que me hallo te pido, en recuerdo de nuestro amor, que desistas de tu propósito de dar muerte a nuestra Soberana. Yo ofrendo gustoso mi vida por ella y por ti...”

La Reina no tuvo valor para seguir adelante; prorrumpió en un trágico alarido, y clamó con voz apremiante:

—¡Ah de mi guardia...! Id al punto al calabozo del conde y traedlo a mi presencia... ¡Es inocente!—y añadió en voz baja: —¡Y yo le amo!

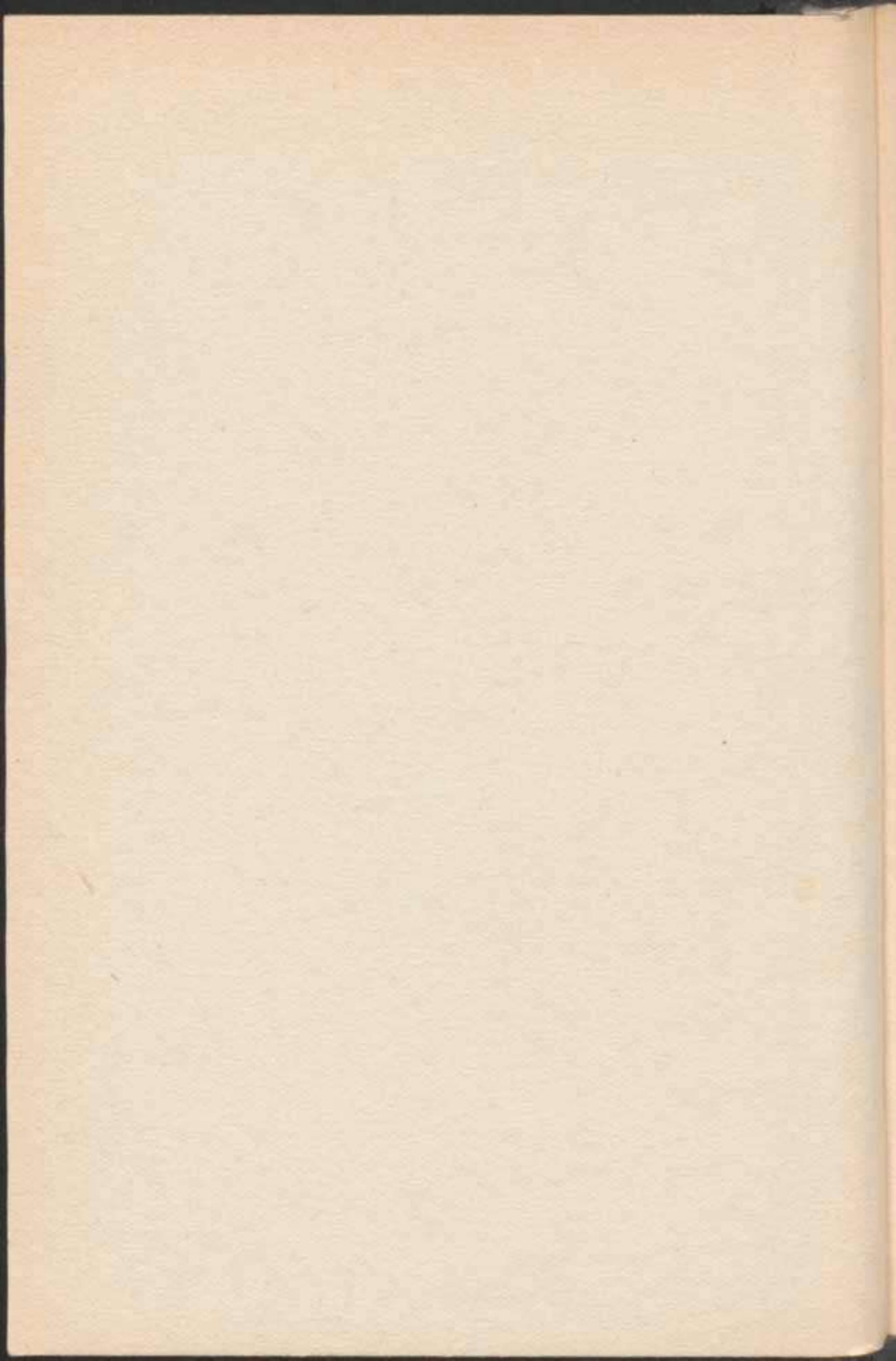
Pero el gran senescal, que había acudido al llamamiento, se cuadró rígidamente ante la Soberana y, señalándole el torreón del Alcázar, sobre el que tremolaba una bandera negra, dijo con voz sombría:

—Alteza, ya no es tiempo: el verdugo de Londres ha cumplido su misión.

La Reina profirió un espantoso grito y cayó desmayada.

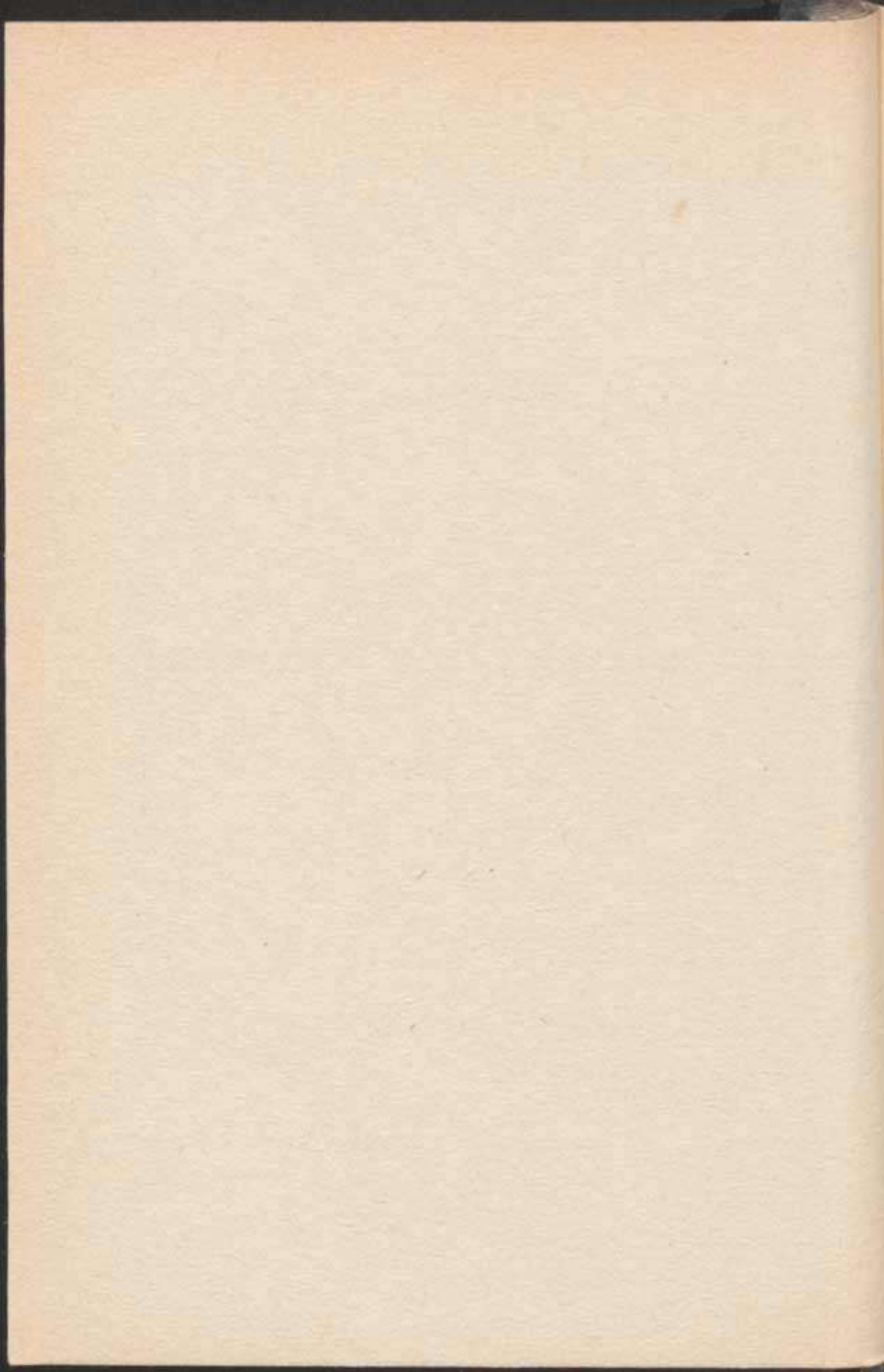
El noble *Conde de Sex* había sabido *Dar la vida por su dama.*





ANTONIO DEL CASTILLO SOLORZANO

EL MARQUES DEL CIGARRAL





El Marqués del Cigarral



H, en Orgaz, donde residía, era famoso y hasta archifamoso el gran don Cosme de Armenia!

Aquel buen hidalgo de gotera, casi injerto en villano, pobre por su casa, aunque rico en ridículas ambiciones, h a b í a tenido suerte, como todos los au-

daces, como todos los incomprensivos.

Radicaba su solar en la noble villa de Almodóvar; mas él vegetaba allí pobrementemente, como las escuálidas viñas que subvenían a su mezquino yantar cotidiano.

Acertó a pasar por Almodóvar el gran Emperador don Carlos I, que se encaminaba hacia

Sevilla, donde iba a efectuarse su matrimonio con la princesa de Portugal.

Y don Cosme, radiante de vanidad y petulancia, se presentó ante el César y le saludó con grotescas contorsiones.

Le habló de su árbol genealógico: él, don Cosme de Armenia, descendía en línea recta del gran Noé, y seguramente por la línea jafética estaba entroncado con el monarca español.

A éste le hizo gracia el donoso desvarío de don Cosme, y colmó sus ambiciones de grandeza, diciéndole:

—Primo mío sois, porque yo también tengo mi solar en Armenia, y como vos, desciendo de Noé.

Hinchóse con estas placenteras palabras el hidalgo almodoverense, y don Carlos, captado por sus originales maneras, le aseguró una renta de dos mil ducados y le nombró marqués del Cigarral.

Retiróse el flamante marqués a su villa de Almodóvar; mas era aquél un círculo poco favorable para su mezquina grandeza. Los dos mil ducados eran una renta harto menguada para alimentar sus sueños de grandeza.

Los paisanos del marqués del Cigarral se permitían tomarle el pelo; el hidalgo abandonó sus

lares y, buscando nuevas perspectivas, se trasladó a Orgaz.

Instalado en la población, quiso buscar servidumbre adecuada, y el buen alcalde le proporcionó una larga lista de criados.

Entre ellos figuraban don Pascual Zapata, a quien eligió como mayordomo, y don Domingo Zurdacay, que fué nombrado secretario general de su excelencia.

Sin embargo, aquellos nombres eran supuestos.

El nominado Pascual Zapata se llamaba, en realidad, Fabio, y era criado de don Antonio Ramírez, noble caballero castellano de la casa de Alba, que había a su vez adoptado el nombre de Domingo Zurdacay.

¿A qué obedecía esta rara determinación del aristocrático mancebo?

Vamos a explicarlo.

Don Antonio Ramírez hacía su viaje desde Madrid a Sevilla para contraer matrimonio con su rica y hermosa prima doña Isabel, recién regresada de América con buen lastre dotal de relucientes onzas peruanas.

Pero don Antonio hizo un alto en Orgaz; conoció allí a una linda villana, llamada Leonor, hija, al parecer, de un honrado labra-

dor que se nombraba Lorenzo de la Encina; y, deslumbrado ante la singular belleza de la moza, renunció a su proyectado enlace con la peruana.

Leonor correspondió a las ansias amorosas de don Antonio, y embelesados ambos en su casto idilio, transcurrieron dos años.

Pero llegó en aquella ocasión el gran marqués del Cigarral.

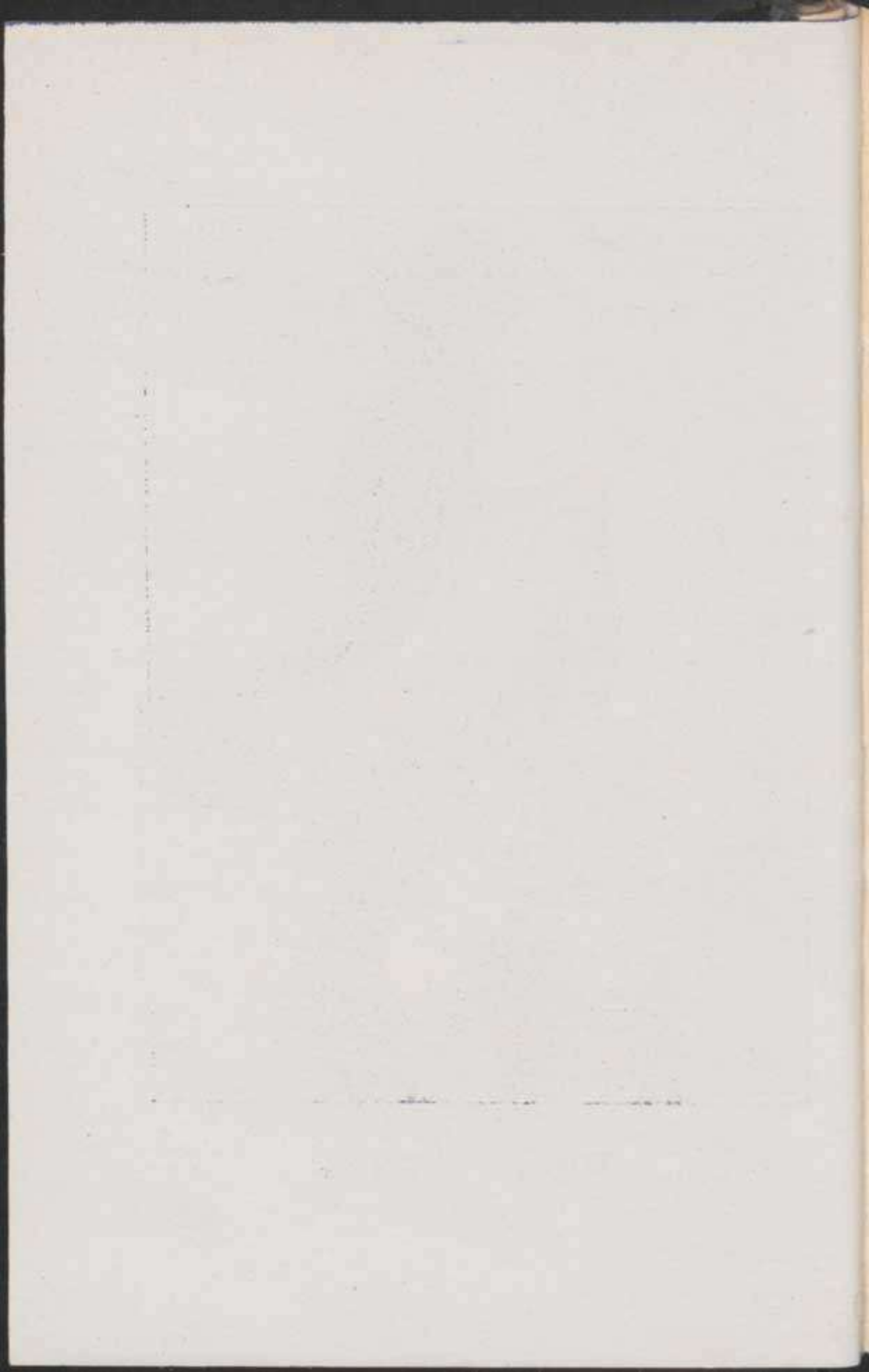
Don Antonio Ramírez, como ya hemos dicho, entró a formar parte de su servidumbre, y su ansiedad y su despecho fueron horribles cuando el gran don Cosme, después de conocer a Leonor, proclamó que quería hacer de ella su concubina, ya que por ser villana no podía elevarla a la calidad de esposa.

Pero sus pretensiones a la mano de doña Leonor iban a cambiar pronto de aspecto. Porque el alcalde recibió un billete firmado por el gran prior de la orden de San Juan de Malta, en que se le decía lo siguiente:

“Cuando el alcalde reciba ésta, véase con Lorenzo de la Encina, un labrador de ese lugar, que tiene en nombre de hija suya a doña Leonor de Toledo, mi sobrina, hija de un caballero de la casa de Alba. Yo había de ir por ella, más por estar indispuerto va en mi lugar mi deudo



El marqués del Cigarral.



don Diego de Toledo; lleva vestidos, carrozas y gente que la acompañe hasta Consuegra, donde la espero. Hágame merced que la partida sea luego, con el decoro que se debe.”

Llamado el buen Lorenzo de la Encina, declaró que, efectivamente, aquella muchacha, Leonor, que por hija suya había hasta entonces pasado, le fué entregada, recién nacida, dieciocho años atrás, por una venerable dueña, que ofreciéndole una pesada cadena de oro, le confió el cuidado de la niña. Desde aquella época el labrador había recibido puntualmente cien ducados anuales para atender a las necesidades de su ahijada, a la que en realidad trató siempre como a hija propia.

Cuando el gran marqués del Cigarral, don Cosme de Armenia, supo el brusco ascenso de la adorable doncella, cuyas gracias le habían cautivado, exclamó con enfática prosopopeya:

—¡Oh, ya no será mi concubina, será mi esposa, puesto que es noble como yo!

Y mirando fijamente al emisario portador del billete, añadió:

—Decid a vuestro señor, don Fernando de Toledo, el gran prior, que antes de diez días habré ido a pedirle que me conceda la mano de su linda sobrina.

Don Antonio, entretanto, conjugaba el dulce verbo amar con la linda Leonor.

Sentados ambos junto a la cristalina corriente de un manso arroyuelo, decía el mancebo, fija la mirada en los hermosísimos ojos de Leonor:

—Menos rutilante dora
el campo el mayor farol,
pues a la deidad del sol
afrentas con dos, Leonora.
Mas ufana mira Flora
esta alfombra que hermosea
tu pie, divina Amaltea,
pues con más vivos colores
la belleza de las flores
nuestra vista lisonjea.

La república vistosa
que aromas tributa al prado
le debe a este pie abreviado
fecundidad más copiosa.
Menos lozana la rosa,
asistir se viera aquí
con lo blanco y carmesí;
pues si tiene presunciones,
es ya por las perfecciones
que ha recibido de ti.

Armonía ofrecen grata
estas cristalinas fuentes,
siendo en líquidas vertientes
cítaras de undosa plata.

Alegre canto dilata
turba alada que te espera
con música lisonjera,
pues entre piras de flores,
varios pájaros cantores
te aclaman su primavera.

¿Qué mucho, Leonor gentil,
que al sol le causes desmayos,
cuando le usurpas sus rayos
para afrenta del abril?
Un alma tengo, y si mil,
hermosa Leonor, tuviera,
con ella las ofreciera
a tu divina beldad;
acción de una voluntad
que en amarte persevera.

¿Celos? ¡Para qué!... El gran marqués del
Cigarral no era rival de cuidado.

* * *

Y ocurrió, efectivamente, que doña Leonor se trasladó a Consuegra, y pasados los diez días, el marqués del Cigarral se presentó en la villa toledana reiterando sus pretensiones a la mano de la noble doncella de la casa de Alba.

Entretanto don Antonio le había declarado francamente a Leonor sus pretensiones. Pero la dama, algo ensoberbecida con su noble pro-

sapia, le manifestó a su galán que el enlace era imposible por la desigualdad de calidades. Ella, noble; él, villano...

—Pues no—respondió el mancebo—, no soy villano, ni en nada cedo mi estirpe a la vuestra. De los Ramírez y Vargas desciendo, y noble soy, como vos; y de la casa de Alba, como vos también. Os conocí en Orgaz, cuando a Sevilla me dirigía para contraer un matrimonio, que mi padre me había impuesto. Pero os vi, y prendado de vuestra belleza, me quedé dos años en Orgaz. Aunque os creí villana, nunca dudé en unir mi sangre a la vuestra. Pero si vos no me consideráis digno...

—¡Oh, yo os amo, yo os he amado siempre, don Antonio!—respondió Leonor, sinceramente arrepentida de su anterior obcecación.

Mas aquella escena había tenido un testigo mudo.

El prior escuchaba tras una cortina, y como había recibido desde Madrid una comunicación en que se le advertía que buscara con gran interés las huellas del viaje por aquella región de don Antonio Ramírez, sobrino suyo también, que dos años antes debía haber pasado en dirección a Sevilla, comprendió que aquel gallardo mancebo era su desaparecido pariente.

Penetró en la estancia, abrazó con cariñosa efusión a don Antonio, y le dijo:

—Bien haya el niño perdido, que tan felizmente aparece. Ya te contábamos víctima de los bandidos de Sierra Morena.

—Pues no, querido tío; hedme aquí, víctima de los ojos asesinos de mi bella prima Leonor, cuya mano os pido.

—Y yo te la concedo, ladrón de corazones.

Los ojos de los enamorados resplandecían de felicidad.

Pero en aquel momento irrumpió en la estancia el gran marqués del Cigarral. Venía magnífico de indignación; había escuchado las últimas palabras del prior, y al ver que le birlaban la novia, trinaba enfurecido.

¿Su indumento?... ¡Maravilloso!...

Una vieja rodela de hoja de lata, un chuzo tremebundo, un yelmo barberesco que en nada se parecía al de Mambrino, y una espada orinienta y desmesurada...

Lleno de grotesca indignación, exclamó:

—Si no mirara, Prior, falso, atrevido, perjuro, que el ejercer crueldades es propio de los verdugos;

si no mirara que soy
primo de un César Augusto,
y que deben mis acciones
dar admiración al mundo,
no dudara en este lance
ensartaros uno a uno,
como si fuérades cuentas,
con el hierro de este chuzo.
¿Qué es ensartar? Poco es;
no dudo, Prior, no dudo
que os hiciera pepitoria,
así como os hallo juntos.
¿Pepitoria dije? Es nada;
un jigote muy menudo
con esta espada os hiciera,
para comérmele al punto;
o derribando esta casa,
os diera el último susto,
a no temer, cual Sansón,
quedar con todos difunto.
¿Es bien que mientras me pongo
cara a cara con un bruto,
con más valor que lo hicieran
Cicerón ni Quinto Curcio,
deis a la bella Leonor
a un doméstico, a un alumno
de mi casa por esposa,
sin producir mi disgusto?
¿Un hombrecillo trivial
ha de profanar el culto
de la deidad más hermosa
que viera el planeta rubio?

¿Qué me podéis responder
al delito que os acuso,
decid, ingrato Prior,
sino callar como un mudo?

Pero el prior, que estaba dotado de una sutilísima diplomacia, intervino hábilmente:

—Oh, ilustre marqués del Cigarral, refrenad vuestra indignación. Vuestro noble primo, el

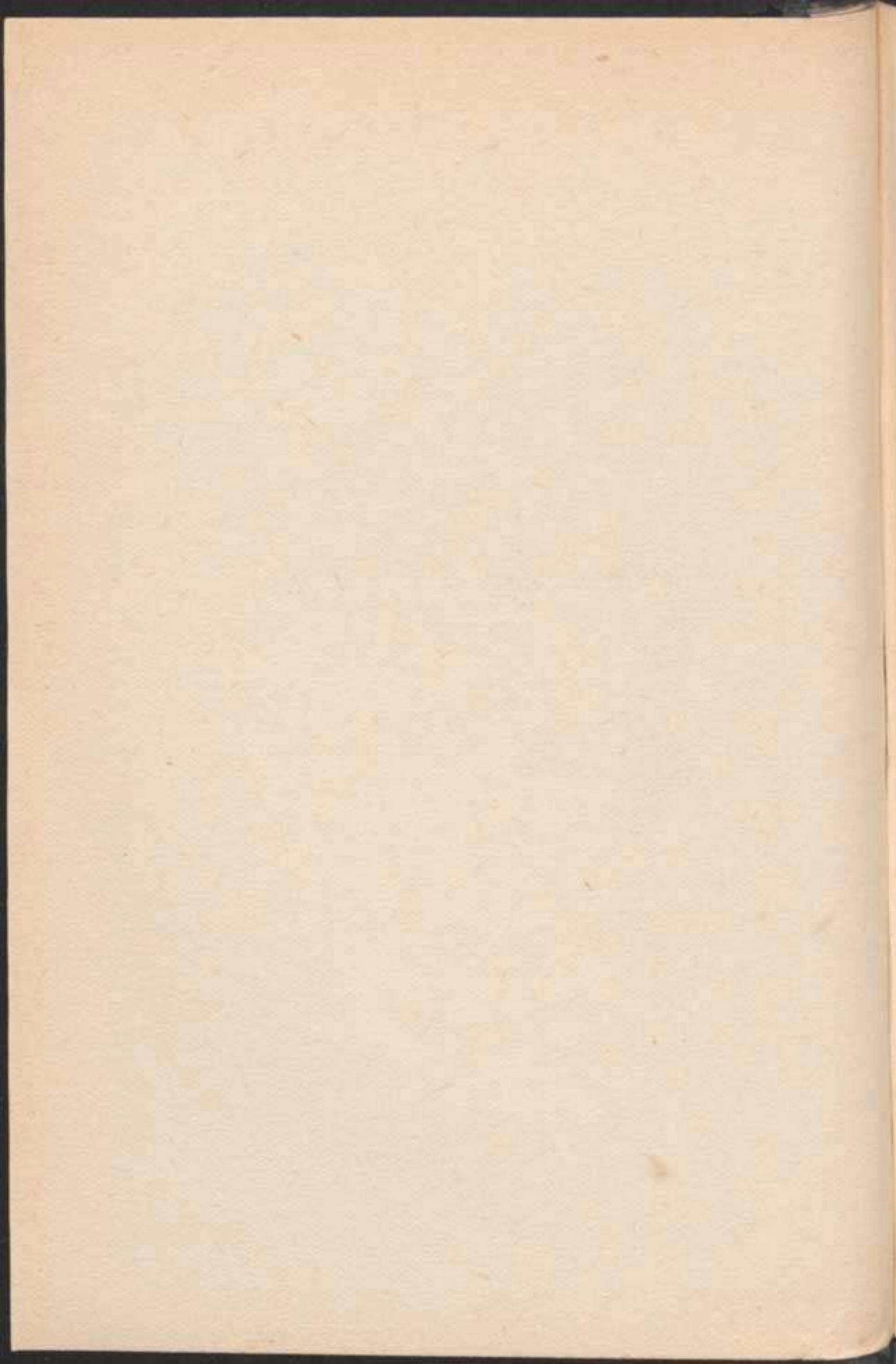


gran César Carlos I, ha dispuesto que don Antonio Ramírez se case con la bella doña Leonor de Toledo. En cuanto a vos, en un pliego me avisa Su Majestad que al punto marchéis hacia Toledo, donde debéis contraer matrimonio con una princesa de Cuzco, que en línea recta desciende del Gran Emperador mejicano Motezuma, y que es, por lo tanto, prima vuestra en el orden genealógico del gran Jafet de Armenia.

Ante esta grata noticia, el gran marqués del Cigarral se contoneó pomposamente, y pensando en la noble princesa azteca, posó una mirada despectiva en los enamorados don Antonio y doña Leonor, que en aquel momento se estrechaban furtivamente las manos y se devoraban con la mirada, prometedora de una inefable felicidad.

RODRIGO DE HERRERA

DEL CIELO VIENE EL BUEN REY



Del Cielo viene el buen Rey



L Rey don Federico de Sicilia estaba aquel día malhumorado y sombrío; en su rostro se advertían claramente las huellas de una honda preocupación.

Sus consejeros favoritos, el anciano Lisandro, el duque Alejandro y Mos-

cón, el bufón de Palacio, que con sus graciosas chocarrerías había resuelto el problema de vivir como un magnate, se esforzaban en averiguar la causa de la desazón que ensombrecía el semblante del Soberano.

Al fin éste les descubrió el secreto.

Había bajado aquella mañana al jardín, según tenía por costumbre, y, sentado en un rústico banquillo, contemplaba las flores primosas que matizaban los arriates, y se deleitaba con los melodiosos trinos de los pajarillos que revoloteaban entre los frondosos árboles del parque.

Hallándose así, se sintió acometido de una soñolienta laxitud y se quedó sumido en un extraño éxtasis.

Entonces soñó que de lo más alto del cielo descendía una hermosa ave, cuyo vario plumaje reflejaba todos los matices del iris.

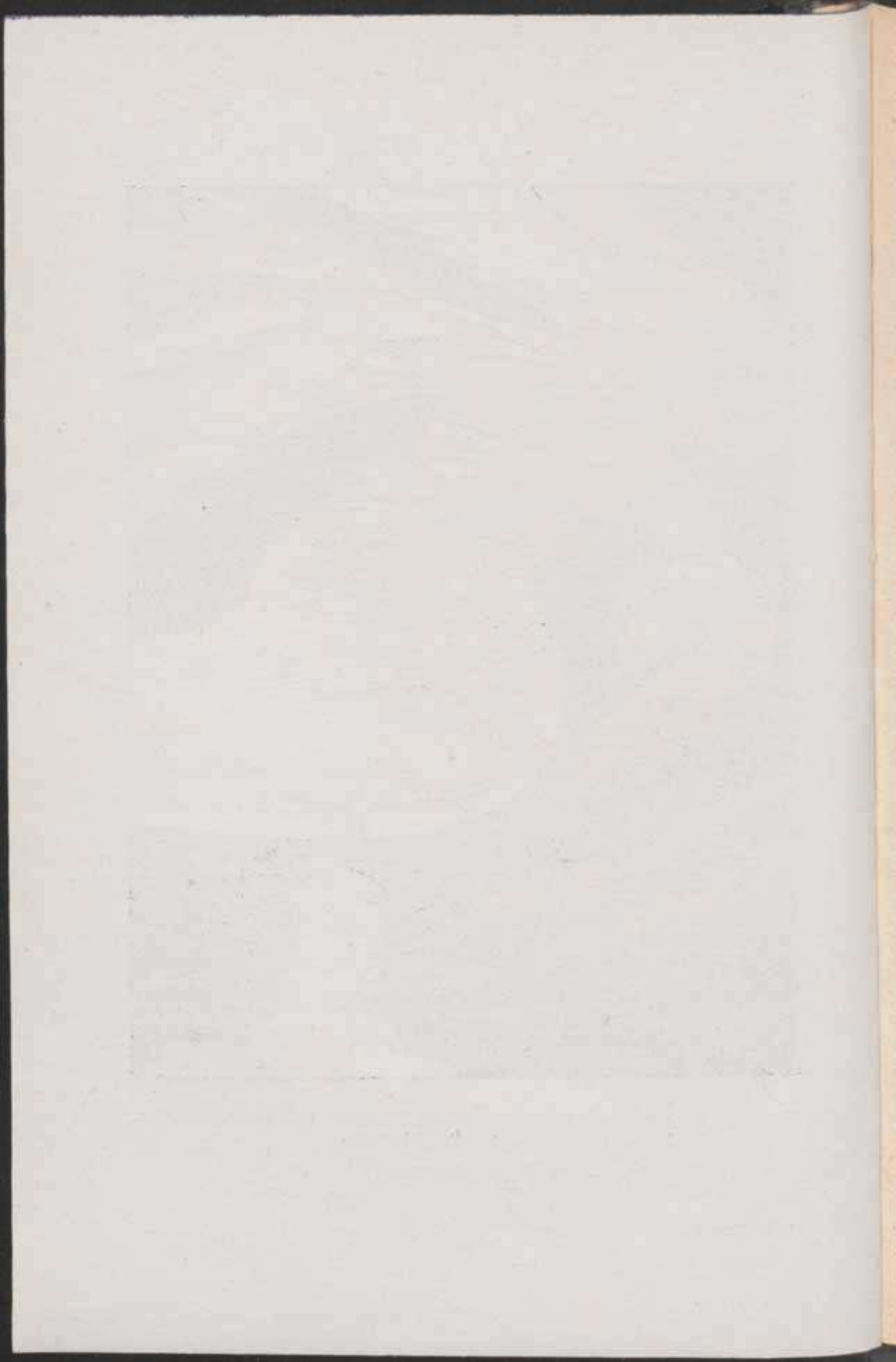
Comenzó el pájaro a revolotear en torno a la cabeza del Monarca, y su pico se abrió para decir con humanos acentos:

—¿Cómo, tirano Rey de Sicilia, te atreves a profanar, impío, el decoro de los divinos preceptos? ¿No adviertes que tu grandeza es como leve arista al viento? Pues ciego en tus errores y en tus injusticias deslustras el brillo y la majestad de la realeza, voy a arrebatarte ahora la corona, y presto te verás despojado de la púrpura y del cetro.

Pronunciadas estas palabras, el magnífico pájaro asió con el pico la corona real, y se remon-



...soñó que de lo más alto del cielo descendía
una hermosa ave...



tó a lo alto, en raudo vuelo, hasta perderse tras una cortina de nubes.

El Rey de Sicilia había interpretado aquel sueño como un augurio funesto, y el temor de verlo cumplido le producía aquella enojosa preocupación.

Y a fe que los buenos sicilianos no hubiesen mirado con disgusto tal contingencia, antes bien, celebrarían verse libres del yugo ominoso de Federico, que era un déspota cruel, avaro y vicioso, a quien sus súbditos aborrecían de todo corazón.

El Rey quiso saber la opinión de sus favoritos acerca de aquel presagio.

Y ellos, como buenos cortesanos, determinaron lisonjearle y adular su vanidad, aunque en su interior estaban convencidos de que aquel sueño era un aviso con que el cielo prevenía al Rey del castigo que le aguardaba.

—Es un presagio siniestro—pensaba el Duque Alejandro—pero si le hablo con sinceridad, por fuerza ha de enojarse, y si me destierra, me veré separado de la hermosa Laura.

Laura era una linda y honestísima doncella, hija de Lisandro, a la que el Duque amaba noblemente y por quien el Rey sentía una libidinosa pasión.

Por lo tanto, el Duque habló así al Soberano:

—Claro se advierte, señor, que el pájaro que visteis en sueños es la fama, que tan alto vuela; y al arrebatarnos la corona dió a entender que sólo el cielo merece guardar joya tan sagrada.

—Bien discurre—pensó Federico, halagado por la lisonja.

Luego Moscón, mientras pensaba en su interior: “Si no le adulo, no como”, se expresó de este modo:

—Yo estoy muy seguro de que la tal ave era el amor, a quien, aunque ciego, le pintan con alas. Viendo, señor, que sois a un tiempo valeroso caballero y fiel y afortunado amador, vino el ave envidiosa a quitaros la corona, y, sin duda, voló con ella para coronar a su madre Venus en los jardines de Chipre.

—El que tan bien razona, merece, aunque es corto premio, esta cadena—respondió el Rey entregando a su bufón una de oro macizo.

Tocaba entonces el turno al viejo y prudente Lisandro, el cual quiso excusar la respuesta por no herir con la verdad los oídos de Federico, acostumbrados a las falaces adulaciones cortesanas.

Pero ante las apremiantes instancias del Rey,
hubo de responder:

—Jamás pretendí con arte,
¡oh gran monarca!, decirte
lo que puede divertirte,
mas sólo desengañarte.

Aquel ave que, rompiendo
lo que ocupa el aire vano,
robó el laurel soberano
mientras estabas durmiendo,
es el aviso divino,
que a tu grande obstinación,
o el castigo o el perdón,
como piadosa, previno.

Amenaza es de quitarte
el reino; no quiera el cielo
que se cumpla mi recelo,
pues creo que has de enmendarte.

—¡Calla!—le interrumpió enojado el Rey—.
Sin duda estás loco.

—Y así, señor...

—Basta ya—insistió el Monarca, cada vez
más enfurecido—. No hay brazo bastante fuer-
te, ni el de ese Dios que invocas, para arrebatarse
de mis sienes la corona... Sal inmediatamente
de mi presencia y vete luego de Palermo. En la
soledad de tu destierro predícales a las peñas,
y sean las fieras tu auditorio.

—Cábeme la satisfacción—respondió dignamente Lisandro—de que no me desterráis por traidor, sino porque os he hablado con sinceridad; tampoco las fieras que han de acompañarme en mi áspera soledad pecan de mentirosas y lisonjeras.

—No tan lejos de la Corte has de estar—volvió a decir severamente el Rey—para que tu pena sea mayor, al advertir lo que has perdido. Así te doy por destierro la aldeílla que hay junto al baño a que yo voy con frecuencia para refrescarme.

Salió el noble Lisandro del aposento en que la escena había tenido lugar, y el vicioso Federico pensaba, entretanto, que el destierro de su favorito podía favorecer sus miras sobre la inocente Laura, pues alejado el padre, la doncella, que como dama de la Reina debía permanecer en Palacio, quedaba a merced suya.

Pero de sus reflexiones vino a sacarle la llegada de la Reina, su esposa, y de la encantadora Laura, las cuales, habiendo sabido la noticia del destierro de Lisandro, venían a solicitar el perdón del noble anciano.

La Reina, al proceder así, obedecía no sólo a los generosos impulsos de su corazón, sino también a los temores que le inspiraba el las-

civo capricho que el Rey sentía por su dama de honor, pues lo mismo que él, había pensado que Laura, privada del apoyo de su padre, se hallaba más peligrosamente expuesta a las pecaminosas pretensiones de Federico.

Inspirada, pues, en este celoso sentimiento, suplicó a su marido que perdonara a Lisandro.

Mas el Monarca le respondió, con despego, que le era imposible acceder a sus deseos, porque el favorito había delinquido gravemente, y la justicia exigía que no se le excusara el castigo.

Entonces Laura, con tímida modestia, pero con la persuasiva elocuencia que le prestaba su amor filial, recordó al Soberano de Sicilia los beneméritos servicios de su noble padre, no sólo ayudándole a la buena gobernación del reino, sino como valeroso y entendido general que había salvado a Sicilia, derrotando a los napolitanos cuando intentaron invadir la isla.

—Revoca, pues, la injusta sentencia—añadió la doncella—o dame licencia para que acompañe a mi padre en su destierro.

El Rey envolvió a Laura en una impura mirada, y respondió:

—Nadie conseguirá jamás lo que no alcance tu ruego. Muy pronto volverá Lisandro de su

destierro, porque, nese a todo, sigue siendo mi amigo y porque tú lo deseas.

Laura se sintió tranquila con aquella promesa, no dudando que el Rey había de cumplirla, y éste ordenó al Duque que previniera a sus cazadores, porque quería, antes de ir al baño, dar una batida por aquellos montes, para ver si sus halcones lograban dar caza al siniestro pájaro de su sueño.

* * *

Mientras el Rey, acompañado de sus favoritos y monteros, emprendía la partida de cetrería, Laura y la Reina conversaban en el jardín.

Ya hemos dicho que la Soberana de Sicilia estaba celosa de su camarera, pues sabía que su infiel esposo la amaba en secreto.

Y con el deseo de remediar aquella embarazosa y difícil situación, habló de esta manera:

—Harto sé, Laura, que me quieres bien y estás agradecida al cariño y favor que te dispense. Pues bien, es preciso que me lo demuestres. Desde que tu padre te trajo a Palacio se ha enfriado notablemente el amor de mi esposo Federico, que anda siempre entregado a la in-noble pasión que por ti siente. No ignoro, Lau-

ra, que tu honor es claro y purísimo espejo, y que has desairado siempre las pretensiones del Rey. Pero ya sabes que quitar la ocasión ha sido siempre el mejor remedio. Oye, pues, lo que te propongo, inspirándome en el bien que te deseo. El Duque Aleiandro te festeja con noble y honesto amor, y pues su alcurnia y su nobleza no ceden en un ápice a lo acendrado de tu sangre y a la riqueza de tus estados, consiente. Laura, en ser su esposa; el modo de conseguirlo queda a mi arbitrio, así como que el Rey otorgue nuevos honores a tu esposo, y que tu padre regrese del destierro.

—Señora—respondió mesuradamente Laura—, bien segura podéis estar de que jamás he alentado los delirios de vuestro esposo, y de que en modo alguno hubiera logrado su vergonzoso intento. Pero también os declaro que en darme por esposo al Duque me hacéis, señora, la mayor merced, pues nunca hallará mi nobleza marido más a su gusto.

Los ojos de la Reina resplandecieron de alegría; quiso hablar, pero Laura prosiguió:

—Mas, como buena y obediente hija, estoy obligada a darle cuenta a mi padre de este proyecto, pues no es mío mi albedrío, si me falta su licencia.

La Reina, convencida de la razón que asistía a su camarera, se comprometió a conseguir por sí misma que Lisardo autorizara el proyectado enlace y a vencer todos los obstáculos que se presentaran.

Entretanto el Rey estaba desalentado y pesaroso, porque después de haber explorado concienzudamente todos aquellos montes, le había sido imposible dar con la guarida que servía de refugio a la misteriosa ave que en sueños le había arrebatado la corona.

Cansado de sus infructuosas pesquisas, emprendió el camino del baño, y llegado a él ordenó al Duque y a Moscón que entraran a desnudarle.

Los favoritos, una vez cumplido su servicio, salieron al exterior para esperar a que el Soberano volviera a llamarlos.

Pero el castigo del tirano y libidinoso Monarca de Sicilia había sido decretado por el cielo y estaba próximo a cumplirse.

El arcángel Miguel había descendido a la tierra para cumplir esta misión. El mismo era el pájaro misterioso que le había arrebatado a Federico la corona.

Y mientras el Rey permanecía en el baño, le varió en tal forma el aspecto corporal y las

facciones del rostro, que era imposible que le reconocieran ni sus más próximos allegados.

En cambio, todo el rostro y la figura del ángel parecían un fiel traslado de Federico.

Vistióse enseguida las prendas de que el Rey acababa de despojarse y salió a reunirse con los cortesanos.

Ni por un momento dudaron éstos de que se hallaban en presencia del mismo Rey; pero asombrados de que no los hubiese llamado para que le vistieran, según acostumbraba el despótico Soberano, le preguntaron la causa.

—He querido vestirme por mí mismo—respondió el ángel—porque esto ayuda a gobernar y mandar con acierto. A más de que no es justo que deje a mis vasallos todas las cargas y obligaciones.

El Duque y Moscón se hicieron cruces al escuchar tan discreta respuesta, porque jamás al orgulloso Federico le habían oído hablar así. Y aún fué mayor su sorpresa cuando, al advertirle que era temprano para emprender el regreso, les respondió el Ángel:

—No importa, volvamos a Palermo, porque todo honesto ejercicio, cuando deja de ser moderado, degenera en vicioso abuso.

—¡Gran prudencia!—pensó el Duque.

Y Moscón se decía en su interior:

—Nos han cambiado al Rey, porque esta manera de discurrir no es de Federico.

El Angel, seguido de todo su acompañamiento, tomó el camino de Palermo.

Advirtamos, para mejor inteligencia de lo que sigue, que el celeste mensajero, antes de trocar su personalidad con el Rey, había cogido en la choza de un pastor un tosco sayo de paño burdo, que dejó tendido entre las ramas de un bosque que se hallaba inmediato al baño.

Poco después salía Federico envuelto en una sábana, y conmenzó a llamar con destempladas voces al Duque y a Moscón.

Furioso al ver que nadie acudía a sus gritos, juró en su interior que le habían de pagar muy caro el abandono en que le dejaban.

—¿Es esto un sueño?—se decía—. No, en verdad, que bien despierto estoy.

Y al reparar en la desaparición de sus vestiduras, añadió, enfurecido y arrogante:

—El vestido me han quitado.
¡Que esto sufra, pese al cielo!
¡Que no pueda yo de un vuelo
llegar al cielo estrellado,

y en lugar de la escarlata
que mi persona ha lucido,
cortar ahora un vestido
de sus estrellas de plata!

Al mismo Dios me opondré,
y si quisiere estorbarme,
con él pretendo igualarme...

—Calla, blasfemo, sin fe.



Estas duras palabras fueron pronunciadas en el interior de las frondas en tono rotundo y severo.

—¿Quién se atreve a mi grandeza?—rugió, colérico el Rey—. ¿Quién osa profanarla?

Aún no había acabado de hablar, cuando apareció un gracioso pastorcillo, pulidamente ataviado y con el sayo guarnecido de armiños, el cual, encarándose con Federico, le dijo audazmente:

—Yo.

—¿Y tú quién eres?

—Un niño con el valor de un gigante.

—Por fuerza ignoras que soy el Rey.

—Lo dudo, porque el Rey acaba de llegar en este momento a su palacio.

—¡Mientes! ¡Mientes! Yo soy el Rey; aunque me ves desnudo, póstrate inmediatamente a mis plantas.

—Estoy muy bien levantado.

Furioso el Monarca, quiso acometerle; pero el pastorcillo le dirigió una mirada tan imperiosa y severa, que el desdichado Federico se sintió privado de toda su energía y comenzó a temblar.

Al verlo en aquel triste estado de cobarde impotencia, el muchacho le dijo:

—Aunque me ves rapaz tierno,
a otro pastor muy rehecho
le hice yo rodar el trecho
que hay desde el cielo al infierno.

Y aun ahora, si se sube
a mayores, con un pie
tan alto lo arrojaré,
que lo clave en una nube.

Confuso y turbado Federico, exclamó con voz implorante:

—Vete ya de mi presencia;
que no sé qué miro en ti,
que de mis culpas aquí
hoy me acusa tu inocencia.

—Ya me voy—dijo el niño—; pero no olvides jamás que “Dios levanta al que se humilla y humilla al que se levanta”.

Anonadado y perplejo se quedó Federico; y mientras exploraba los alrededores, encontró el tosco sayo baquero que el Angel había colgado de una rama.

Mucho le alegró el hallazgo; y aunque era una prenda demasiado humilde, se vistió al punto con ella.

Apenas lo había hecho, cuando oyó voces y ruido entre las ramas, y se halló frente a Bato, un zafio pastor que andaba en busca de un novillejo que se le había extraviado.

—¿Habéis acaso visto a mi novillejo?—preguntó el rústico.

—Necio—respondió el Rey—, ¿sabes quién soy?

—Ni me importa.

—Villano, soy el Rey.

—¡Linda figura!—comentó Bato soltando la carcajada—. ¡Valiente Rey nos ha venido!

Furioso Federico, quiso castigar al pastor; pero éste colocó un grueso guijarro en la honda, y haciéndola girar vertiginosamente, dijo:

—Estaos quieto, porque si me amenazáis, os he de abollar la mollera.

Y reparando de pronto en el sayo con que el Rey se cubría, exclamó:

—Lo que vos sois es un ladrón, porque ese

baquero que lleváis puesto es mío y lo habéis robado de mi choza.

Bato se abalanzó sobre él y forcejeó para arrebatarse el sayo.

Federico comenzó a llamar al Duque y a sus criados, y a las voces acudió Lisandro, que paseaba por aquellas inmediaciones.

Bato le dió cuenta de que aquel hombre estaba loco, pues había dado en la manía de decir que era el Rey. Además le había robado el sayo que traía puesto.

En los ojos de Federico brilló un rayo de esperanza al reconocer a Lisandro, y le preguntó con acento de ansiedad:

—Lisandro, ¿no soy el Rey?

El noble anciano le dirigió una compasiva mirada, y respondió:

—No desvaríes, buen hombre. Al Rey acabo de tropezármelo cuando se dirigía a Palermo.

El desdichado se mesó los cabellos, y dirigiendo a Lisandro una mirada de indignación, le dijo:

—Mientes, traidor, que bien me conoces. ¿Es esa tu fe de vasallo y caballero?

Bato anunció entonces que el Duque Alejandro se aproximaba al lugar en que se halla-

ban, y volvió a animarse la mirada del Rey, que esperaba ser reconocido esta vez.

Llegó el Duque y abrazó afectuosamente al anciano Lisandro, diciéndole:

—El Rey os alza el destierro y os manda que regreséis a Palermo. Podéis creer que está tan cambiado, que es ahora un Rey santo, el que fué siempre un Rey tirano.

—Sin duda—comentó Lisandro—lo ha trocado aquel aviso del cielo.

Pero Federico los interrumpió furiosamente:

—¿De qué Rey habláis? El Rey soy yo. Reconocedme, Duque.

El Duque le miró curiosamente y murmuró con lástima:

—Pobre infeliz, está loco.

—¡Pero rematado!—añadió Bato, que se había aplicado a la sien el índice de la mano diestra y lo hacía girar con movimiento vertiginoso, como si tratara de atornillárselo.

El Rey juraba, encolerizado, que había de ahorcar a todos aquellos traidores que le desconocían.

Lisandro propuso que el original demente fuese llevado a palacio, y el Duque aprobó la idea, pensando que a su majestad le haría gracia la singular chifladura del desdichado.

Y a Palermo fué conducido el Rey, que a tan mísero estado se veía reducido y que rugía en su interior:

—Allá voy, falso Rey; tiembla, porque mi brazo castigará muy pronto tu felonía.

* * *

Todo había cambiado en la Corte. La brusca variación que se había operado en el carácter del Rey tenía sorprendidos y maravillados a todos, desde la Reina al más mísero villano.

Porque aquel Monarca despótico, avariento, cruel y vicioso, se había trocado en un Rey justo, afable, misericordioso y preocupado siempre por las atenciones del buen gobierno de su reino.

Los celos de la Reina habían desaparecido por falta absoluta de fundamento; el que ella creía Federico, miraba a Laura con indiferencia, y la doncella y el Duque Alejandro habían iniciado un amoroso idilio sin verse estorbados por nadie.

También el auténtico Federico se sentía arrastrado en aquel brusco cambio de situación.

El infeliz había sido conducido a Palacio, pero se hallaba en él completamente aislado y sometido a la vigilancia del rústico Bato. Cuando le dejaban tiempo de entregarse a sus dolorosas meditaciones, se decía en su interior:

—Yo salí de Palermo acompañado de mis favoritos y criados, que me respetaban como a su Rey y señor. Entré en el baño, ¡ojalá no hubiera entrado!, porque entré en él Rey Federico, y al salir no encontré ya criados, y ni aun mis vestidos aparecieron. Blasfemé irritado, y escuché las severas reprimendas de un pastorcillo; luego tuve que sufrir los desprecios de Lisandro, las sinrazones del Duque y las necedades de Bato. Vine luego a Palermo, sin que nobles ni plebeyos me rindiesen el cortés acatamiento que un vasallo debe a su Rey. Entré en Palacio, y sabiendo cómo yo había llegado, ni la Reina ni Laura se dignaron salir a recibirme. Todos me tienen por loco, y en verdad que ya voy dudando si verdaderamente lo estoy. ¿Será éste en realidad un castigo del cielo? ¿Sería aquel sueño que tuve un aviso de Dios?

El Rey paseaba a grandes trancos por una de las habitaciones del palacio, destinada a la servidumbre, y en uno de cuyos testeros se

veía un magnífico espejo de purísima luna veneciana.

Reparó en él Federico, y al punto pensó:

—Oh, pronto voy a salir de dudas; aquel espejo no puede mentir y él me dirá si sigo siendo el mismo de antes.

Acercóse trémulo al azogado cristal, y al contemplar el reflejo de su imagen, no pudo contener un grito de desesperación. ¿Era él aquella figura desmedrada y aquel rostro pálido, flaco, macilento y feo que le devolvía el espejo?

—¡Oh, verdaderamente no se engañan en Palermo!—murmuró con sombrío acento—. ¡Yo no soy el Rey Federico! Pero ¿quién es el miserable que me ha robado la corona, usurpándome nombre, honor y fama?

En aquel momento el Angel, que se había aproximado silenciosamente, se situó detrás del Rey y éste pudo verle reflejado en el cristal.

—¡Cielos!—murmuró Federico—. ¿Este es mi enemigo? ¿Quién me diera aprisionarlo entre mis brazos y estrecharlo furiosamente hasta deshacerlo?... Yo te reto, traidor; dime si aceptas mi desafío.

El Angel bajó afirmativamente la cabeza.

—¿Has respondido que sí? ¿Cumplirás lo

prometido?—Volvió a afirmar el Angel y aún prosiguió Federico: —Pues prepárate a defender ante mí tu corona... Una joya me quedó sobre el pecho cuando me vi despojado de todo, y a cambio de ella, siempre hallaré un judío que me dé lo suficiente para comprar vestido, armas y caballo. Y si Dios no protege a mi adversario, yo daré buena cuenta de él; porque ya reconozco que, si su poder lo ampara, todo mi esfuerzo será inútil.

El Angel se retiró pensando que en el corazón del Rey comenzaba a operarse una favorable enmienda, y se decía en su interior:

—Yo acudiré al desafío, y cuando le vea derribado a mis pies, si demanda perdón con verdadero arrepentimiento, quedará vencedor, siendo vencido.

* * *

Y el lance se llevó a efecto. El Rey apareció en la palestra armado de todas armas y jinete en un poderoso corcel de guerra.

El Angel le salió al encuentro y se trabó la pelea.

Federico combatía denodadamente, con todo el brío que le prestaba la desesperación; pero

de nada le valió su esfuerzo, porque muy pronto se vió derribado en tierra, y el Angel, que descendió rápidamente de su cabalgadura, le puso la planta sobre el pecho, mientras le amenazaba con la espada en alto.

—Para que mi acero no siegue tu soberbia cerviz—exclamó el celeste enviado—, di al punto: “¿Quién como Dios?”

—¡Piedad, valeroso campeón!—imploró el abatido Federico—. Ya siento que me alcanza el brazo justiciero de Dios, a quien, blasfemo, negué tantas veces, y ya siento que tú eres ministro suyo.

Y el desdichado Rey pidió contritamente el perdón de sus culpas, y ofreció ser en adelante paladín de la verdad y de la justicia y reedificar los templos, antes por su culpa profanados y deshechos.

—Pues bien—clamó el Angel con voz tonante que fué escuchada en todos los ámbitos de la ciudad—, sabed, palermitanos, nobles o plebeyos, que yo soy el Arcángel Miguel, que por mandato del cielo bajé a castigar al soberbio Federico, que es éste que veis a mis pies, y a reparar sus injusticias; ahora, ya arrepentido, yo le vuelvo a su primitiva forma y le restituyo su Estado.

Y diciendo esto, el Angel levantó entre sus brazos a Federico, añadiendo:

—Este es vuestro Rey, sicilianos; besadle la mano y reconoced que *Del cielo viene el buen Rey*.

Dichas estas palabras, desapareció el Angel.



Todos estaban maravillados de lo que acababan de presenciar y se disputaron el honor de ser los primeros en prestar acatamiento al Soberano.

El cual estrechó cariñosamente entre sus brazos a la Reina, y le dijo a Laura, que también se había acercado:

—Hoy mismo te casarás con el Duque, que será en adelante mi mayordomo mayor.

Nombró al leal Lisandro privado y primer ministro; pero cuando Moscón se aproximó solicitando su parte en el reparto de mercedes, le dijo severamente:

—En mi palacio no hacen falta bufones ni embusteros.

Y el grotesco personaje, al ver perdida su pitanza, se alejó murmurando:

—Pues me meteré a fraile, que es el medio más seguro de seguir comiendo.



Los empeños del mentir



L atardecer de un desapacible día de otoño, dos hombres se aproximaban, con paso desmayado y cansino, a la heroica villa del oso y el madroño por el camino viejo de Alcalá.

Su aspecto lamentable denotaba a las claras que la jornada había sido larga; pero ya daban por bien empleadas todas las fatigas del viaje, viendo próxima la meta de sus aspiraciones.

Marcelo y Teodoro—que así se llamaban los caminantes—eran dos humildes escuderos

sin acomodo y, lo que es peor, sin un triste maravedí en la escarcela.

La corte, entonces como ahora, era engañoso señuelo que atraía a todos los hambrientos, desesperados y ambiciosos; y a ella se encaminaban nuestros dos escuderos, pensando resolver favorablemente su difícil situación.

—Esta es la puerta de Alcalá—exclamó Marcelo cuando a ella arribaron—; ya podemos decir que estamos en Madrid.

—¡En buen hora seamos venidos!—respondió Teodoro.

—Ciertamente; pero ha llegado el momento de pensar qué ejercicio desempeñaremos. Yo creo que nos conviene acomodarnos como criados.

—Ca; es ése un oficio muy ocupado; el de embusteros es más cómodo y da mejor rendimiento.

—Pero es peligroso.

—No lo creas. Y para comenzar, sea el primer embuste calzarnos las espuelas, para que nadie sospeche que hemos andado tantas leguas a pie.

Hiciéronlo así, y el avisgado Teodoro insistió nuevamente en su idea, diciendo a su compañero:

—Tú no te preocupes; muéstrate conforme con cuanto yo dijere, y jura por lo más sagrado que son verdades inconcusas todas las mentiras que yo suelte.

En esta plática entretenidos, habían llegado al Prado, y allí oyeron gran ruido de pendencia y estocadas.

Acercáronse al lugar de la reyerta, y vieron que un hombre solo se defendía briosamente de otros tres que le acometían a un tiempo.

—¿Tres contra uno?—murmuró Marcelo—. Traidores son de fijo.

—Pues vamos contra ellos.

El inesperado auxilio llegó muy oportunamente para el que combatía solo, pues estaba ya bastante comprometido. Pero la situación cambió enseguida, y los asesinos, que suelen ser cobardes, pusieron pies en polvorosa.

El que tan providencialmente se había visto asistido dió emocionado las gracias a sus defensores, y les dijo:

—Señores, yo soy un antiguo hidalgo, aunque no rico, bien acomodado. Esos tres cobardes, fingiendo un billete de desafío, me atraieron a este lugar con la malsana intención de asesinarme y robarme la bolsa. Pero hora es ya de que os declare quién soy. Llámome don Diego

de Guzmán, y mi padre fué un honrado caballero a quien el rey don Felipe II premió sus servicios con un hábito de Santiago. Dos hijos varones dejó a su muerte: éste a quien veis y otro llamado don Pedro, que acaba de morir en la Alsacia peleando a las órdenes del duque de Feria.

—¿Qué me decís?—intervino Marcelo haciendo grandes aspavientos—. ¿Don Pedro de Guzmán es muerto? ¡Válgame el cielo!

Teodoro comprendió que su amigo quería ganarle la mano en punto a mentiras, y dispuesto a no dejarse adelantar, exclamó con énfasis:

—¿Que murió el señor don Pedro? ¿Qué mayor desdicha puedo oír?

Preguntóles entonces don Diego si habían sido amigos de su difunto hermano, y ambos trapalones se disputaron a porfía el honor de la más íntima amistad.

El ingenuo caballero creyó sin dificultad el embuste, y siguió refiriéndoles que tenía también una hermana llamada doña Elvira.

Marcelo, dándoselas de bien enterado, aseguró que hartó sabía de aquella doncella y hasta de cierto proyecto de matrimonio, porque el

malogrado don Pedro no le recataba ningún secreto.

—Cierto es—asintió el incauto don Diego, cayendo en el lazo—; mi hermano trató de casarla en Nápoles con un amigo suyo llamado don Luis de Vivero; pidió un retrato de Elvira y le enviamos uno pequeño dentro de una carta.

—No paséis adelante—interrumpió Marcelo adelantándose a su amigo, que le dirigía furibundas miradas—. No me torturéis con tan dolorosos recuerdos. Porque sabed, señor don Diego de Guzmán, que yo soy el propio don Luis de Vivero.

Don Diego se arrojó alborozado en los brazos de Marcelo y le estrechó contra su corazón, haciéndole mil promesas de firme amistad.

Teodoro entretanto estaba furioso y se hundía las uñas en la carne hasta hacerse sangre.

—Me aplastó—se decía—. ¡Qué dicha es mentir el primero!

—Teodoro—exclamó de pronto Marcelo—, dame al punto el retrato.

—¿Qué retrato?—respondió el otro con extrañeza.

—No me hagas perder la paciencia; saca el retrato, bergante. ¿Traje yo mejor joya de Italia?

Don Diego creyó, engañado por aquella maniobra, que Teodoro era criado de don Luis de Vivero y que durante el camino había perdido el retrato.

Compadecido, pues, del sirviente, le amparó cuando el falso don Luis quiso acometerle con la espada desnuda.

—Reportaos, amigo don Luis—dijo—; a vuestro sirviente se le ha extraviado sin duda.

—¡Infame!—vociferaba Marcelo, prosiguiendo la farsa—. Dame el retrato, o juro que te he de cortar las orejas.

Al fin Teodoro, parapetado detrás de don Diego, murmuró con voz doliente:

—Señor, el retrato me lo robaron los bandidos al mismo tiempo que las joyas, los dijes y los diamantes.

Don Diego, a fuerza de ruegos e instancias, logró apaciguar la falsa querrela entre aquellos dos tramposos. Pero enseguida volvió a reproducirse, cuando Marcelo solicitó de su criado que le entregara la carta que al partir de Italia le había entregado don Pedro para que le sirviera de presentación ante sus hermanos.

Teodoro alegó que también le habían hurtado el pliego, y don Diego intervino diciendo que no hacían falta papeles ni documentos. Y co-

giendo a su supuesto amigo por el brazo, le arrastró en dirección a su casa, donde le brindó alojamiento.

Doña Elvira de Guzmán, la hermana de don Diego, era una doncella cuya singular y juvenil belleza corría parejas con su honesta condición y claro talento.

No sentía impaciencia alguna por tomar estado, y estaba resuelta a no entregar su mano sino a cambio de que su prometido reuniera ciertas prendas que juzgaba esenciales para su felicidad futura, especialmente nobleza de alma, discreción y, sobre todo, bondad.

Por esta razón había visto con disgusto que su difunto hermano don Pedro proyectara casarla con aquel don Luis de Vivero, cuyas circunstancias y condiciones ignoraba.

Y su alarma aumentaba de día en día, porque, a pesar de la muerte de su hermano, persistía la amenaza de aquel enlace y su futuro esposo era esperado de un momento a otro en Madrid.

Sobre este enojoso asunto platicaba la doncella con su hermosa prima doña Ana, prometida de su hermano don Diego, cuando éste compareció en el salón y anunció con voz alborozada

que don Luis de Vivero acababa de llegar y demandaba licencia para ofrecerle sus respetos.

Poco después penetraban en el aposento Marcelo y Teodoro.

Aunque este último no fuese propiamente un Adonis, excedía notablemente en prestancia y gallardía a su amigo Marcelo, cuyo tipo desmedrado y ridículo inspiró desde el primer momento a la desdichada Elvira invencible repugnancia.

Y aún subió de punto su disgusto cuando el enteco hombrecillo, que carecía de tacto y educación, se presentó ante ella contoneándose grotescamente y la saludó con estas groseras palabras:

—Podéis sentiros dichosa, doña Elvira, porque tenéis a todo un don Luis de Vivero de par en par.

—¡Qué desdicha!—murmuró la afligida doncella.

—¡Qué necedad!—añadió su prima doña Ana.

Hasta Teresa, la criada de Elvira, encontró repugnante y risible la facha extravagante del novio; tanto, que sin poder contener su disgusto, le dijo a Teodoro, que se había acercado para requebrarla:

—Dígame, seor gentilhombre: ¿gasta vuestro amo todos los días esa ruin persona?

—Viene hoy de embozo—respondió donosamente el que por criado pasaba.

Despidióse en esto doña Ana, y don Diego salió con ella para acompañarla hasta el coche.

En el breve espacio de tiempo que Elvira y Marcelo permanecieron solos, acrecentó éste la larga serie de sus inconveniencias y necesidades, y llevó su desfachatez hasta el punto de intentar estrechar la mano a la doncella.

Esta le rechazó acremente, dirigiéndole una severa mirada; pero en aquel momento regresó don Diego y las cosas no pasaron de ahí.

* * *

Dos días transcurrieron sin que la situación se alterara; pero al tercero, Teodoro, que estaba ya harto de que su amigo triunfara a costa suya, solamente por habersele adelantado en el embuste, le llamó a capítulo en cuanto lo encontró solo, y le dijo:

—Mira, Marcelo, basta ya de enredos; date por satisfecho con los dos días que llevas dándotelas de señor, porque yo estoy ya cansado de pasar por criado tuyo.

—Mira que nos perdemos, Teodoro.

—No temas; he hecho ya correr voces por la casa con tal arte y tal ingenio...

—¿Voces de qué?

—De que don Luis de Vivero soy yo y tú mi criado.

Marcelo se quedó de una pieza ante tan inesperada revelación, y hasta se negó a darle crédito; pero su digno compinche le explicó ce por be la audaz e ingeniosa maniobra que había realizado.

—Entre sombras de palabras, que hacen noticia y no empeño, he vertido diestramente que oyendo en Italia ponderar a don Pedro los divinos encantos de su hermana, de los que ponía por testigo un retrato, no quise fiarme de sus palabras ni de la pintura, sino que pretendí salir de dudas por mis propios ojos, y para mejor observar, me disfracé de criado. Pero ya convencido y enamorado, me descubro y desembozo. He prodigado hábilmente los indicios; han venido a verme dos o tres que se decían hidalgos, y en secreto, pero cuando podían ser oídos, me han llamado don Luis... En fin, Marcelo, que si tú estás enamorado, yo también lo estoy y quiero casarme con Elvira... Desde

hoy, pues, me declaro don Luis de Vivero y tú pasas a ser mi fámulo.

Marcelo puso el grito en el cielo, pero de nada le valieron sus protestas y además comprendió que el mal no tenía ya remedio.

Por lo tanto, se resignó, resuelto a llevar la trampa adelante.

Efectivamente, entre la servidumbre de la casa habían circulado aquellos extraños rumores, y Teresa se apresuró a dar a su ama cuenta de lo que se susurraba.

Elvira no quiso al principio dar crédito a tan extraordinaria noticia, pero decidió observar por su cuenta. Y bien pronto pudo ver que mientras Marcelo y Teodoro creían estar a cubierto de todas las miradas, el primero permanecía respetuosamente descubierto, en tanto que el segundo tenía encasquetado el sombrero.

De esto dedujo la doncella—ignorando que aquellos redomados pillos procedían con refinada malicia—que el auténtico don Luis debía de ser el que hasta entonces pasó por criado.

Pero aún llevó la prueba más adelante. Cuando los dos se hallaban algo distantes conversando entre sí, llamó de improviso:

—¡Don Luis!

El primero en volverse fué Teodoro, que respondió prestamente:

—Señora.

Pero al punto, fingiendo que trataba de disimular, le dijo a su compañero:

—Señor, os llama doña Elvira.

Esta quedó satisfecha de la prueba y hasta complacida de aquel cambio de personalidad, porque al fin Teodoro era más galán, más cortés y más gallardo que el desgarrado Marcelo, el cual, de aquí en adelante, pasaba a ser Teodoro el criado.

Pero aún no estaba satisfecha Elvira y quiso tener una conversación con Teodoro, el cual, simulando que caía incautamente en los lazos que la doncella le fué tendiendo, acabó por prostrarse a sus plantas, confesándole que era el propio don Luis de Vivero y pidiéndole perdón por la farsa que él y su criado Teodoro habían representado, y cuyo objeto había sido observarla con todo detenimiento.

Cuando don Diego fué puesto al corriente del cambio que se había operado, se quedó tan convencido y gozoso como la primera vez, y extremó sus agasajos al que juzgaba ahora su verdadero cuñado.

Pero quiso saber cómo se había detenido tan-

to en Italia, y el ingenioso Teodoro urdió rápidamente una entretenida novela, refiriendo sus andanzas por la península itálica y los fantásticos hechos de armas en que había tomado parte.

En su viaje por mar desde Génova a Barcelona intercaló un espeluznante cuento de piratas.

Finalmente dijo que al trasladarse él y su criado desde Barcelona a Madrid habían sido atacados por unos feroces bandidos catalanes, que les despojaron de cuanto llevaban: dinero, joyas, equipaje y documentos, entre ellos el retrato de doña Elvira y los que acreditaban su personalidad.

* * *

Cuando doña Ana supo a su vez lo que ocurría, se mostró muy desconfiada; pero en realidad no lo estaba menos Elvira, quien pensaba, muy acertadamente, que el que ha mentido una vez, puede muy bien mentir la segunda.

En cambio, don Diego estaba tan convencido de la buena fe de aquellos embusteros, que le comunicó a doña Elvira su resolución de que la boda se celebrase aquella misma noche.

Puede suponerse la angustiosa zozobra que esta perspectiva produjo a la muchacha, porque de momento a momento iba afirmándose en su sospecha de que el nuevo estado de cosas era tan falso como el anterior y de que los huéspedes de su hermano eran unos mixtificadores.

De pronto percibió una voces que sonaban en un aposento inmediato. Teodoro y Marcelo sostenían una animada conversación, y Elvira se aproximó a la puerta para escuchar lo que hablaban.

—Señor Vivero fingido—decía Marcelo—, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé—respondió Teodoro—ni me interesa, porque lo único cierto es que adoro a Elvira.

—Pues en cuanto se averigüe que así sois vos don Luis de Vivero como yo el Preste Juan de la Indias, veréis la que se arma.

Elvira creyó haber escuchado lo suficiente y penetró en la habitación increpando a los falsarios:

—¡Traidores!... ¡Infames!... ¡Embusteros!...
Luego comenzó a llamar con grandes voces:
—¡Hermano! ¡Teresa! ¡Criados!

Los miserables comprendieron que estaban

perdidos si no ponían rápido remedio a la situación, y Marcelo comenzó también a dar voces, gritando:

—¡También yo me haré oír... hasta de los sordos! ¿Os parece bien que siendo vos el conde Fabio, hijo del noble marqués de Bitoldo, porque os enseñó don Pedro en Italia un retratillo, vengáis, enamorado como un tonto, a casaros con una hidalguela? Bien sabéis que vuestro ilustre padre os ha enviado a España para que os caséis con la hija del Regente, y si no lo hacéis, yo me presentaré ante el Rey y le contaré lo que pasa.

—¡Perro!—gritó Teodoro persiguiéndole con la daga desenvainada—. ¿Descubres ese secreto? ¡He de matarte!

Doña Elvira se interpuso para evitar que cumpliera su amenaza.

—¿A la hija del Regente queréis burlar?—seguida clamando Marcelo.

Y su compinche le respondió:

—Sí, sólo a Elvira daré mi mano.

La doncella estaba perpleja ante aquel nuevo cambio de personalidad.

Aquellos hombres parecían hablar sinceramente, pero ella temía ser víctima de una nueva mixtificación.

Teresa la animaba con entusiasmo:

—Señora, ¡qué afortunada eres! Vas a ser condesa. ¿Qué digo condesa? Condesa y marquesa a la vez. ¡Y te llamarán señoría y aun excelencia!

—Yo averiguaré si esto es verdad—pensaba Elvira, desconfiada y recelosa.

* * *

También esta vez el crédulo don Diego se tragó la píldora. Y se sentía orgulloso ante la idea de emparentar con aquel encopetado conde Fabio, hijo del ilustre marqués Bitoldo.

En vano Elvira y doña Ana trataban de hacerle discretas reflexiones, demostrándole la posibilidad de un nuevo embuste.

El mancebo insistía tercamente en su idea:

—La cosa es clara—decía—. Vió el retrato de Elvira, se enamoró y resolvió venir a casarse sin dar cuenta a su padre.

Para intentar una prueba definitiva, se encaminaron los tres al aposento de Teodoro, que en aquel momento se hallaba ausente, y registraron los legajos de papeles que había sobre un bufete.

Elvira mostró un papel en cuyo encabezamiento se leía: "Soneto en lengua italiana al retrato de la señora Elvira."

En otro, que halló doña Ana, aparecía escrito lo siguiente: "Memoriali de i servizi principali e calità della casata Bitolda."

Había además cartas muy significativas del conde de la Bicocá, del marqués de la Garulla y del duque de los Codos.

—Pienso—dijo doña Ana—que sus estados se hallan en la Pulla.

—¡Oh, mirad!—exclamó con aire triunfante don Diego agitando un pliego cuyo sello acababa de levantar.

Era una carta en español que el criado del conde Fabio dirigía al marqués Bitoldo, y en que le daba cuenta de que el mancebo estaba firmemente resuelto a renunciar a la mano de la hija del Regente, y a casarse con una dama española cuyo retrato había visto en Italia.

La prueba presentaba todos los caracteres de la evidencia, y no sólo don Diego, sino también Ana y Elvira, quedaron convencidos de que por esta vez los forasteros habían dicho la verdad.

Pero ignoraban que todo estaba hábilmente preparado por los farsantes y que aquellos pa-

peles eran falsos. Cayeron, pues, inocentemente en el lazo que tan diestramente se les había tendido.

Y, efectivamente, cuando Marcelo y Teodoro penetraron otra vez en su aposento, su primer cuidado fué observar si el pez había mordido el anzuelo, y al convencerse de que los papeles estaban revueltos y de que el pliego había sido abierto, sonrieron satisfechos.

Sin embargo, una nube vino a empañar las risueñas esperanzas que acariciaban.

Marcelo había averiguado que el auténtico don Luis de Vivero, al frente de la compañía que mandaba, acababa de llegar a Madrid. Supo también que el capitán se había aposentado en una posada del Postigo de San Martín.

Se introdujo astutamente en ella, y, como todos los pícaros tienen fortuna, logró observar por un ventanillo a don Luis cuando abría sus maletas; Marcelo observó detenidamente las joyas que de ellas extraía el capitán y las grabó fielmente en su memoria.

—Pues siendo así—exclamó confiadamente Teodoro, cuando supo la provechosa labor que su compinche había realizado—, no hay miedo. Si don Luis, como es probable, se presenta en

esta casa, ya haremos por desembarazarnos de él.

Esta eventualidad no tardó mucho en presentarse.

Hallábanse los embusteros reunidos en el salón con don Diego y las dos damas, cuando compareció Teresa anunciando que a la puerta se hallaba un caballero que decía llamarse don Luis de Vivero y acababa de llegar de Italia.

Teodoro, a prevención, había dicho que don Luis murió algunos meses antes en Nápoles. Por esta razón, al escuchar don Diego lo que Teresa decía, exclamó con convicción:

—Don Luis de Vivero es difunto, y el hombre que quiere hacerse pasar por él es un falsario.

Pero en aquel momento el visitante apareció en la puerta.

Lo mismo fué verle Teodoro, que levantarse de un salto y exclamar con voz trémula de indignación:

—¡Cómo! ¡Hay tal insolencia! Ese hombre es el capitán de los bandoleros que nos desvalijaron en Cataluña.

—Mentís—respondió con entereza el recién llegado—. Yo soy don Luis de Vivero.

—Agarradle presto—volvió a gritar Teodoro.

Y quieras que no, a los pocos momentos el desdichado capitán don Luis de Vivero se hallaba reducido a la impotencia, y sus aprehensores se preparaban a registrarle concienzudamente, mientras Elvira murmuraba compadecida:

—Es gallardo el infeliz ¡Lástima que no sea el mismo don Luis de Vivero!

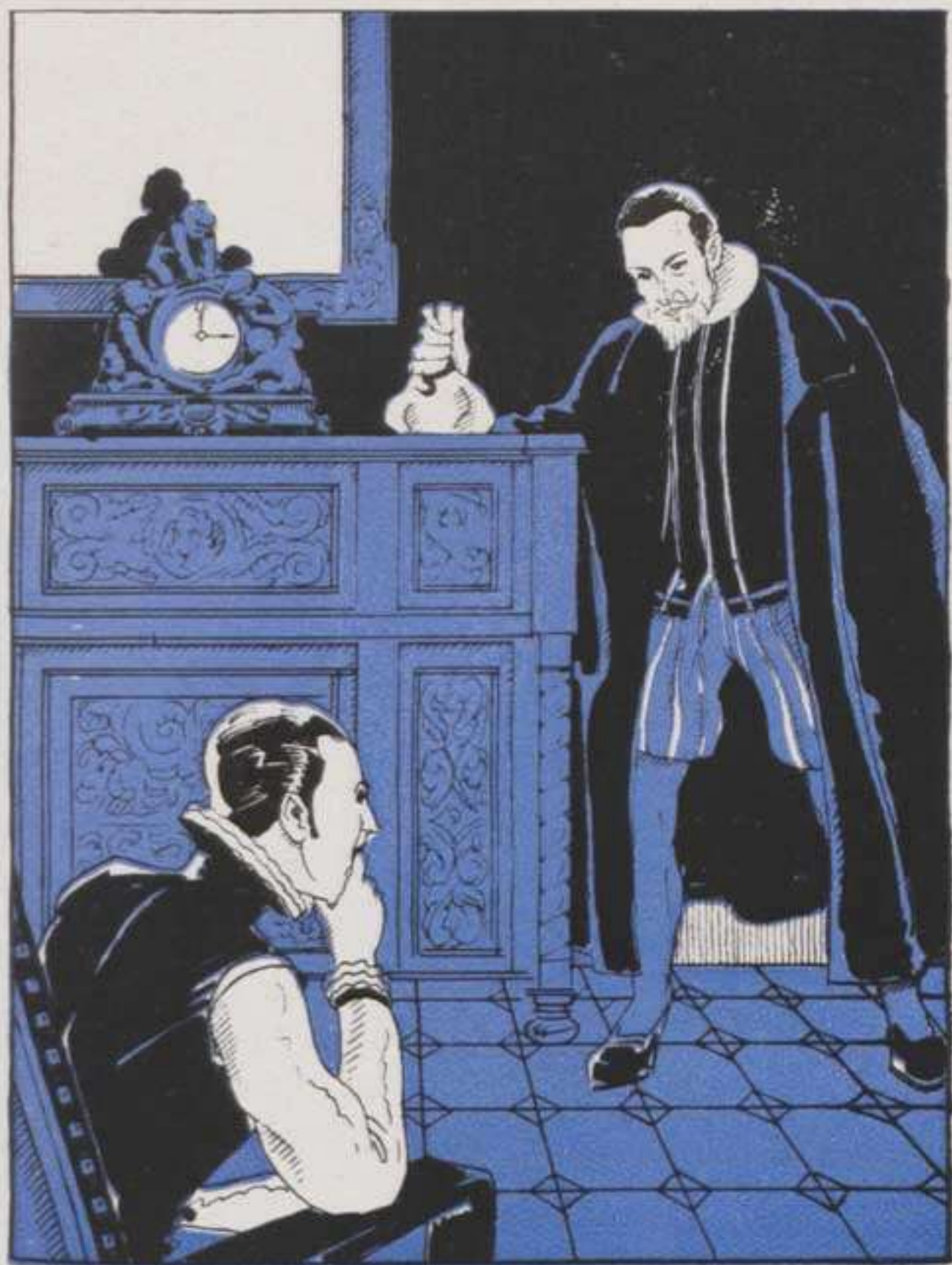
—Traerá el retrato de Elvira que me robó—dijo Teodoro.

—Sí; lleva también las joyas—añadió Marcelo, que recordaba perfectamente las que viera en la posada—. Yo me comprometo a describirlas; harto las conozco.

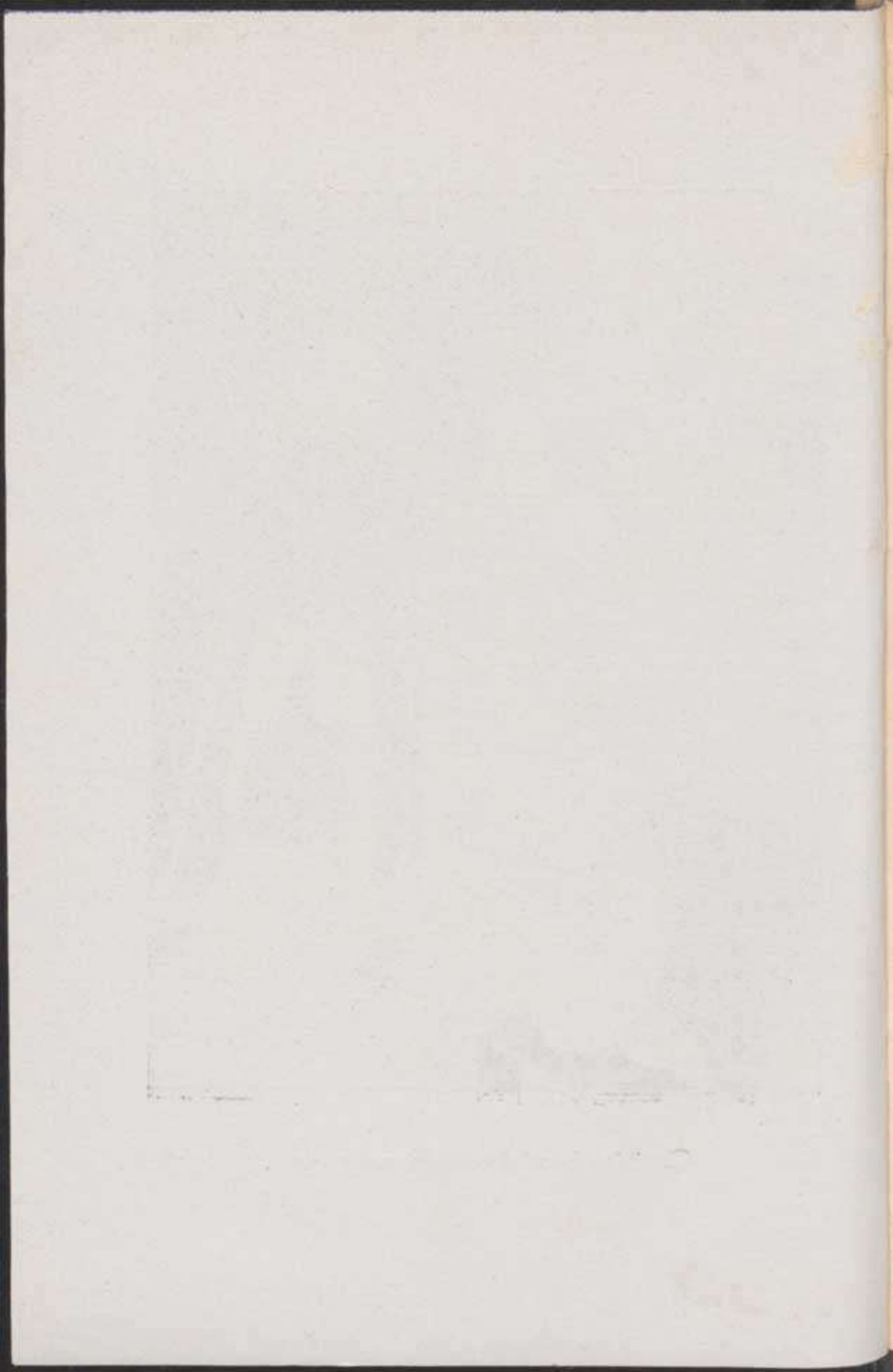
Don Luis estaba en desgracia; era el portador del retrato, y además, Marcelo fué describiendo escrupulosamente las joyas, antes de que don Diego las extrajera de su escarcela.

Convicto, pues, el desdichado capitán fué encerrado en un aposento, pues el flamante conde Fabio se opuso a que fuera entregado a la justicia.

Y con su cuenta y razón obraba así el bergante. Porque aquella noche se presentó en la habitación que servía de encierro a don Luis, y colocando sobre un bufete un lienzo envuelto que traía en la mano, habló así:



Capitán, bandolero o lo que seais...



—Capitán, bandolero, o lo que seáis: os devuelvo todas las joyas, piense el conde lo que pensare; yo soy don Diego Tello de Guzmán y obro siempre según mi conciencia me dicta. Este es mi cuarto, y de él parte una escalera que va a dar a la calle. Huid, y Dios os acompañe.

Pero el caballero se negó dignamente a aceptar aquel plan de fuga, que él juzgaba vergonzoso.

—No puedo en la obscuridad—añadió—distinguir el semblante; pero dudo que seáis don Diego Tello de Guzmán, porque un caballero jamás me propondría semejante indignidad.

Teodoro abandonó la estancia contrariado al ver que su plan fracasaba lamentablemente.

A la mañana siguiente Marcelo acudió apresuradamente a buscarle, y le dijo con voz trémula y balbuciente:

—Si no escapamos a toda prisa, estamos perdidos; se han presentado en la casa dos capitanes, amigos de don Luis de Vivero, acompañados de cuatro criados.

—No te alarmes—respondió Teodoro—; ya pensaré lo que debemos hacer. Entretanto vamos a nuestro aposento.

Los capitanes fueron recibidos por don Die-

go y por las damas, y cuando compareció el detenido de la noche anterior, quedó indudablemente identificado como el auténtico don Luis de Vivero.

—Busquemos a esos bergantes—gritó furioso don Diego—que, después de tantos engaños, se llevan las joyas.

Pero en aquel punto se presentaron en la puerta de la estancia Marcelo y Teodoro; y este último dijo con sinceridad no exenta de nobleza:

—Caballeros, damas, todos los que oyen, si el no admirarse de nada es precepto antiguo, y en lo tierno y en lo amante aún brillan hoy las estrellas; dulces amorosos fraudes, y hurtos y engaños pasaron a blasones celestiales.

Atención, que nada vive sin mentir; ¿no miente el aire, Todo miente, y en el naípe

Todo miente, y en el naípe del mundo, figura es todo, y todos representantes en su teatro ya muchos; y a nosotros bien galantes nos ha durado tres días, como comedia del arte;

el señor don Luis, en buenhora
con dulces fecundas paces
goce en la gloriosa Elvira
en una tantas beldades;
vuestas mercedes perdonen,
que en buen gusto no hay negarle;
y si hay venganza, sabremos
morir, y no de cobardes.



—Aunque yo ignoro el suceso—dijo noblemente don Luis—, no he de consentir que nadie los ofenda.

Don Diego fué de la misma opinión; y Teodoro anunció que para purgar sus pasados delitos no había mejores píldoras que las de Flandes, adonde pensaba marchar para defender las banderas de España.

No hay que decir que don Luis solicitó la mano de la bellísima Elvira, y que ésta se la concedió, encantada del buen talle y generosidad de su novio.

Pero la boda fué doble, porque también don Diego se casó con su linda y discreta prima doña Ana.

Duelo de honor y amistad

Pues señor...

En verdad, en verdad que no tenían mucha suerte las niñas de Lara.

El cielo no se había mostrado muy pródigo con ellas al repartirles sus dones.

Sobre una de ellas había vertido a manos llenas discreción y talento, pero nada más.

A la otra la había dotado de hermosura deslumbradora; mas en lo tocante a sindéresis..., ni tanto así.

Es decir, que Leonor, la primogénita, era discreta e inteligente, pero feuchilla; y Teresa, la menor, bonita como un sol, pero tonta de capirote.

Su padre, don Sancho de Lara, ricohome de pro y muy valido del rey de Aragón, que se hallaba guerreando contra los sarracenos, había

traído sus dos hijas a palacio, como camareras de la Reina.

Pero como el monarca era caprichoso y enamorado, se había prendado de la espléndida hermosura de Teresa, y andaba buscando el modo de darle a conocer su amorosa pasión.

Sin embargo, no pisaba el Rey terreno firme; no sólo porque Teresa era una doncella, aunque algo tonta, honesta y celosa de su honor, sino porque, además, su corazoncito latía ya tiernamente por un caballero muy noble y muy galán, llamado don Ramón de Moncada.

Leonor, en cambio, se sentía invenciblemente atraída por otro caballero, don García de Haro, que también gozaba de gran predicamento en la Corte del aragonés.

Pero como la doncella se reconocía fea, desconfiaba mucho de obtener la correspondencia amorosa por parte del galán predilecto.

Sin embargo, quiso poner todos los medios para conseguir su propósito, y como era muy lista concibió un plan ingenioso y atrevido del que esperaba los más felices resultados.

Para ponerlo por obra abordó a su hermana Teresa y le habló de este modo:

—Mira, hermanita, tú estás enamorada de don Ramón, como yo lo estoy de don García;

pero las dos tropezamos con un grave inconveniente que puede malograr nuestras ilusiones: tú eres tonta y yo soy fea, es casi seguro que nuestros galanes nos rechacen, a ti por poco discreta y a mí por nada graciosa. Mas como entre las dos reunimos la discreción y la hermosura que son necesarias para triunfar en los lances de amor, he discurrido un medio que nos puede conducir al éxito.

”Acabamos de llegar a la Corte, y por esta razón somos aún poco conocidas. Así es posible que una y otra nos substituyamos según convenga a nuestros intereses. Acabo de escribirle a don García un billete sin firma diciéndole que una dama desea hablar con él esta noche en el jardín, y espero que quede encantado de mi discreción. Pero cuando mañana me vea a la luz del día seguramente le decepcionará mi falta de atractivo físico. Y para remediar este inconveniente he pensado que te vea a ti, que eres bella, creyendo que soy yo. Es decir, que a ti te verá de día, y de noche hablará conmigo.

—Luego, ¿pretendes enamorarle con tu ingenio y mi hermosura?—respondió Teresa.

—Eso es lo que me propongo; pero pienso, además, pagarte el servicio que me hagas, porque también hablaré por la noche con don Ra-

món en nombre tuyo y lo seduciré con mi talento, mientras tú, durante el día, lo atraerás con tu belleza.

Teresa reflexionó un momento, y luego dijo a su hermana:

—Lindamente lo acomodas.
¡Oh qué bien! ¿Que yo de día
vea a Ramón y a García
muy de lejos, y que todas
las noches, ya con el uno,
ya con el otro, te estés
tú muy de cerca, y después
me quede yo sin ninguno?

—Tú estarás a mi lado por las noches, y serás testigo de mis entrevistas con nuestros pretendientes. De este modo nada tienes que recelar.

Quedó convenido el plan entre las hermanas, y aquella misma noche lo pusieron en práctica.

Don García, fiel a la cita que le había dado la dama misteriosa en su anónimo billete, acudió al jardín, y quedó encantado del ingenio de que hizo gala Leonor en su conversación.

Mientras tenía lugar este diálogo, Teresa conversaba con Hernando, el criado de don Gar-

cía, y le dijo que amaba a don Ramón de Moncada.

Hernando juzgó una locura que una simple criada (pues por tal la había hecho pasar Leonor) hubiese puesto los ojos en todo un caballero como don Ramón.

Entretanto don García, anhelando ver el rostro de la que tanto le enamoraba con su discreción, le dijo a Leonor:

Elevada la razón
mientras os oye, repara
si podrá ser vuestra cara
como vuestra discreción;
que, como el alma inmortal
es todo espíritu, temo
que alcance menor extremo
la hermosura material;
pero si el alma perfecta
perfectos órganos pide,
ya el ser hermosa se mide
en vos con el ser discreta.
Y así, cuando la luz dé
lugar a tanta ventura,
quiero ver vuestra hermosura,
que agora adoro por fe.
Que es fuerza, después de oiros,
desear veros, señora;
que mientras os oigo agora,
en la gloria del oiros

ninguna cosa deseo;
porque, aunque espero ver mucho,
no hace falta lo que escucho
a todo lo que no veo.

Esto era lo que temía Leonor: que todo lo que había conseguido de noche su talento, lo malograra a la luz del día su falta de gracia.

Por lo cual pensó:

—A mí me ha visto el ingenio, pero mañana le verá la cara a Teresa.

Y añadió en voz alta:

—Fijaos mañana en quien llevare el tocado con flores doradas: ésa será la dama que tanto anheláis ver.

Al día siguiente don García examinó lleno de ansiedad el tocado de las damas que acompañaban a la Reina. Y grande fué su perplejidad al advertir que eran dos las que ostentaban flores doradas... Teresa y Leonor.

Esta última había recurrido a semejante ardid para llevar la confusión al ánimo del de Haro y hacer más difícil que se descubriese su estratagema.

La Reina no cesaba de observar al Rey, que devoraba con los ojos a Teresa; y, arrebatada por sus rabiosos celos, exclamó:

—Gran lástima es que un cuerpo tan gentil y gallardo sirva para alojar un alma tan men- guada; porque la hermosa Teresa es necia a más no poder.

—Os ciega la pasión—replicó el Rey sin disimular el enojo que le había producido aquella censura.

Don Ramón interrogó:

—¿Tan tonta la juzgáis, Señora?

—De remate—afirmó la soberana con acritud.

El Rey se aproximó a don Ramón y le dijo en voz baja:

—La Reina está envidiosa, y no sin motivo. porque desfallezco de amor por Teresa. Es necesario que, a recato de mi esposa, me proporciones una entrevista con esa encantadora criatura. Háblale por mí.

—Señor...—balbuceó el de Moncada, devorando los celos que le abrasaban el alma.

—Te has puesto pálido—dijo el soberano—¿Acaso también tú la amas?

Y como el caballero, por toda respuesta, abatió la cabeza con supremo desaliento, el Rey añadió:

—En ese caso renuncia a ella, porque no es

bien que mire el vasallo donde puso los ojos su señor. Esta noche quiero hablar con Teresa.

En aquel momento se acercó Hernando, el criado de don García, al caballero de Moncada y le entregó un billete. Era de Teresa (aunque escrito y redactado por Leonor), y lo citaba para aquella noche en el jardín.

—Yo te acompañaré—dijo el Monarca—; tú hablarás primero, y yo podré juzgar si es tan necia como la Reina dice.

La entrevista se celebró, pero quien con don Ramón conversó fué Leonor, que acreditó una vez más su discreción y buen juicio. Y para favorecer a su hermana, que a su lado se hallaba, le dijo que se fingía necia para combatir los celos de la Reina y enfriar con su tontería la amorosa pasión del Rey.

Y, efectivamente, tan pronto como el Monarca ocupó el sitio de don Ramón y quiso conversar con la doncella, retiróse Leonor, después de susurrar al oído de su hermana:

—Don Ramón se va, el Rey se queda; habla ahora tú y finge que eres la misma de antes.

Teresita no se hizo de rogar, y comenzó a soltar sandeces. Una de las cosas que se le ocurrió decir a su interlocutor fué que don Ramón

la adoraba y le había pedido que desdeñara al Rey, que la amaba de mala manera.

El Monarca se irritó contra el de Moncada y exclamó:

—El traidor me vende; pero yo sabré castigarle.

* * *

La situación se complicaba cada vez más, porque los celos de la Reina iban en aumento.

Veía la persecución tenaz de que su augusto esposo hacía objeto a Teresa, y estaba convencida de que las indiscreciones y sandeces con que ésta se producía eran simuladas y sin otro objeto y fin que engañarla a ella.

Intentó, pues, arrancarle la máscara a su linda camarerita, amenazándola con escribir a su padre si no le descubría la causa de aquella fingida locura.

Y Teresa, que a veces no era tan boba como parecía, la respondió con este apólogo, que venía muy bien ajustado a las circunstancias:

—Murmuraban del león
que tenía mal aliento
de boca, y él, descontento
de tener esta opinión,

como es rey este animal,
mandó que todos le oliesen
la boca, y luego dijese
si le olía bien o mal.

El que llegaba decía:
“Mal le huele a vuestra alteza.”
Y él, con enojo y braveza,
le mataba y le mordía.

Fué la zorra, y preguntada,
“huéleme mal?”, respondió:
“Tengo romadizo yo,
y no he podido oler nada.”

—Lo que esa fábula demuestra—replicó la
Reina—es que pecas por demás de astuta y ma-
liciosa.

—No, señora; es que yo, como la raposa, me
veo obligada a hablar por las narices; y bajan-
do púdicamente los ojos, añadió la doncella:

—Escuchad la moraleja:

—El Rey me parece a mí
que pide mucho, y que así,
le huele muy mal la boca.
Es como el león bizarro,
y en pedir no comedide,
pues en oliendo que pide,
ser zorra y tener catarro.

Despechada la Reina por lo que juzgaba hi-
pocresía y doblez de su camarera, escribió a don

Sancho de Lara, padre de Teresa, que la conducta de su hija daba mucho que sospechar, y convenía que viniese a poner remedio.

Entretanto, el Rey, enojado contra el señor de Moncada, se entrevistó con don García, y le dijo:

—No se os oculta, señor de Haro, la pasión que siento por Teresa; pero lo que acaso ignoréis es que hice mi tercero en este asunto a don Ramón de Moncada, el cual ha procedido con infame perfidia, porque, según presumo, también la ama. Y como estoy decidido a castigar severamente su desleal proceder, os encargo que ejecutéis mi venganza. Don Ramón ha de morir, y vos debéis ser el que lo mate. No ignoro la gran amistad que os une, pero ella no debe ser obstáculo a mis planes ni ha de hacer temblar vuestro brazo:

Muera, muera don Ramón;
no importa que vos seáis
tan leal amigo suyo;
que antes así será igual
a la injuria la venganza;
porque es sin duda igual,
pues el más leal ofende,
que le mate el más leal.

Don García de Haro se sintió perplejo y lleno de zozobra ante aquella terrible orden.

Leonor le había dicho, hablando siempre en nombre de Teresa, que el Rey sospechaba que ella amaba a don Ramón; pero le había asegurado que esto no era cierto, y le había exigido que guardase la más impenetrable reserva acerca de las amorosas relaciones que a ellos les unían.

Pero al verse conminado por el Rey, y puesto en trance inevitable de matar a su mejor amigo, o descubrir su secreto, optó por esto último.

Así, pues, respondió al Monarca:

—Señor, no es cierto lo que pensáis; ni don Ramón os traiciona ni es él quien posee el corazón de Teresa. Yo soy quien ha tenido el atrevimiento de amarla... Y si juzgáis, señor, que es esto un delito, merezca yo el castigo, la muerte misma, mas no don Ramón, que es inocente.

Esta vez fué el Monarca aragonés quien se sintió confuso y desorientado. Pero como quería a toda costa deslindar la situación ordenó a don Sancho de Lara que se presentase inmediatamente en Zaragoza.

Y cuando el caballero estuvo en su presencia, el Rey, después de felicitarle por las bri-

llantes victorias que había obtenido en su campaña contra los musulmanes, le dijo:

—He pensado que es conveniente dar estado a vuestra hija Teresa, pero estoy dudoso en la elección de marido.

Don García de Haro y don Ramón de Moncada la aman a la par, y uno de ellos ha de ser su esposo.

Nada tuvo don Sancho que objetar a los deseos del soberano, porque los dos caballeros que le proponía como yernos eran igualmente nobles e ilustres por su sangre.

Y el Rey, cada vez más empeñado en salir de dudas y averiguar a cuál de los dos amaba Teresa, hizo comparecer a ambos y les ordenó que se pusiesen de acuerdo y resolvieran quién de ellos había de casarse con la menor de las hijas de Lara.

No es necesario decir que ambos caballeros escucharon las palabras del monarca llenos de confusión, porque cada uno de ellos se creía amado por Teresa, y ninguno de los dos había podido sospechar la rivalidad del otro.

Cuando más perplejos se hallaban, llegó Hernando con dos esquelitas que les estaban destinadas.

El criado entregó una de ellas a don García, diciéndole:

—Este papel me lo ha dado doña Leonor para vos, mas hízome entender que es de su hermana Teresa.

Y alargándole el otro a don Ramón añadió:

—Este me lo entregó para vos la misma Teresa.

Aquellos billetes acrecentaron todavía más la confusión de los dos amigos, porque en ellos Teresa les invitaba a que acudiesen aquella noche al jardín.

Y claro es que acudieron a la cita, pero no solos, porque también el Rey, la Reina y don Sancho de Lara se hallaban al acecho, deseosos de despejar el enigma.

Así, pues, sucedió que cuando don García conversaba con Leonor (a quien creía Teresa) y don Ramón dialogaba tiernamente con la Teresa auténtica, irrumpieron en el jardín varios criados con hachones encendidos, y el Rey, la Reina y don Sancho sorprendieron a las dos enamoradas parejas.

Entonces se despejó la situación: don García supo que jamás había hablado con Teresa; pero como Leonor había llegado a subyugarle

con su discreción y talento, no se sintió defraudado por el engaño.

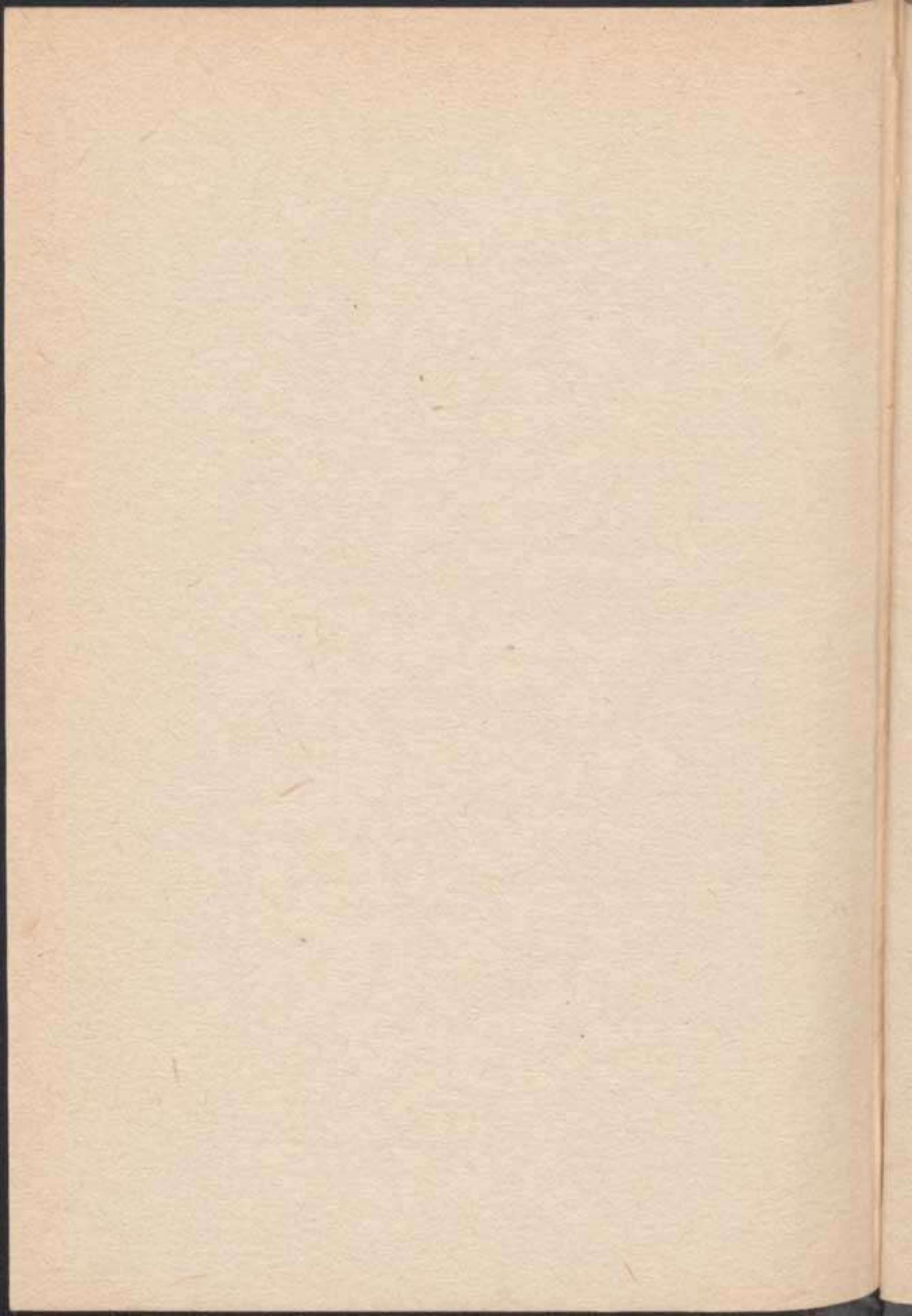
Don Ramón, en cambio, se enteró de que su discretísima interlocutora en las nocturnas entrevistas había sido Leonor; pero como Teresa le tenía ganado el corazón con su espléndida hermosura—y además no era tan tonta como parecía—, tampoco al señor de Moncada le molestó la estratagema.

Ambos se dieron por satisfechos con la dama que les había tocado en suerte: ni la una era tan fea ni la otra tan boba.

Fué al Rey a quien no le cayó tan en gracia el desenlace. Mas como sabía que la Reina estaba enterada de todo, tuvo que plegarse a las circunstancias, renunciando a sus pretensiones sobre Teresa.

Y, al fin, todo se resolvió en que hubo doble boda.





NOTA

Lector, en este volumen hemos intentado ofrecerte un mosaico taraceado con las varias y policromas galas de algunos ingenios de nuestro siglo de oro, injustamente preteridos y casi ignorados.

Si la obra no salió tan pulida y perfecta como nosotros hubiéramos deseado y tú mereces, no achagues la culpa a los comediógrafos cuyas obras recogemos, sino más bien a la menguada traza del adaptador que puso sus manos pecadoras en tan difícil empeño.

Acaso algunos de los nombres—si no todos—que en el tomo figuran te sean desconocidos; no sería extraño, porque, realmente, los de Coello, Jacinto y Rodrigo Herrera, Castillo Solórzano y Hurtado de Mendoza suenan poco.

Y, sin embargo, la culpa de que así suceda

no es suya, sino del tiempo en que les cupo nacer, y, sobre todo, escribir comedias.

Aquellos dos colosos del teatro que se llamaron Calderón de la Barca y Lope de Vega llenaron por sí solos no un siglo, sino una época entera. Y por si esto fuera poco, muy cerca de ellos, casi pisándoles los talones, galopaba aquella falange integrada por Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Guillén de Castro...

Ante astros de tal brillo y magnitud, fuerza fué que palidiesen en el firmamento del siglo XVII otros ingenios que en la siguiente centuria—tan lamentable para nuestra escena—hubieran sido considerados como fulgurantes lumbreras.

Tal es el caso de los autores que figuran en este volumen: nacieron demasiado pronto.

Pero las producciones suyas que aquí te brindamos les hacen acreedores a que la fama perpetúe sus nombres, porque sin mancilla ni menoscabo hubieran podido llegar a las tablas bajo el signo glorioso de cualquiera de los dioses mayores.

Algunos de estos escritores se distinguieron también cultivando el género lírico y la novela, mereciendo cumplidos elogios de sus contem-

poráneos Lope de Vega, Cervantes, Montalván...

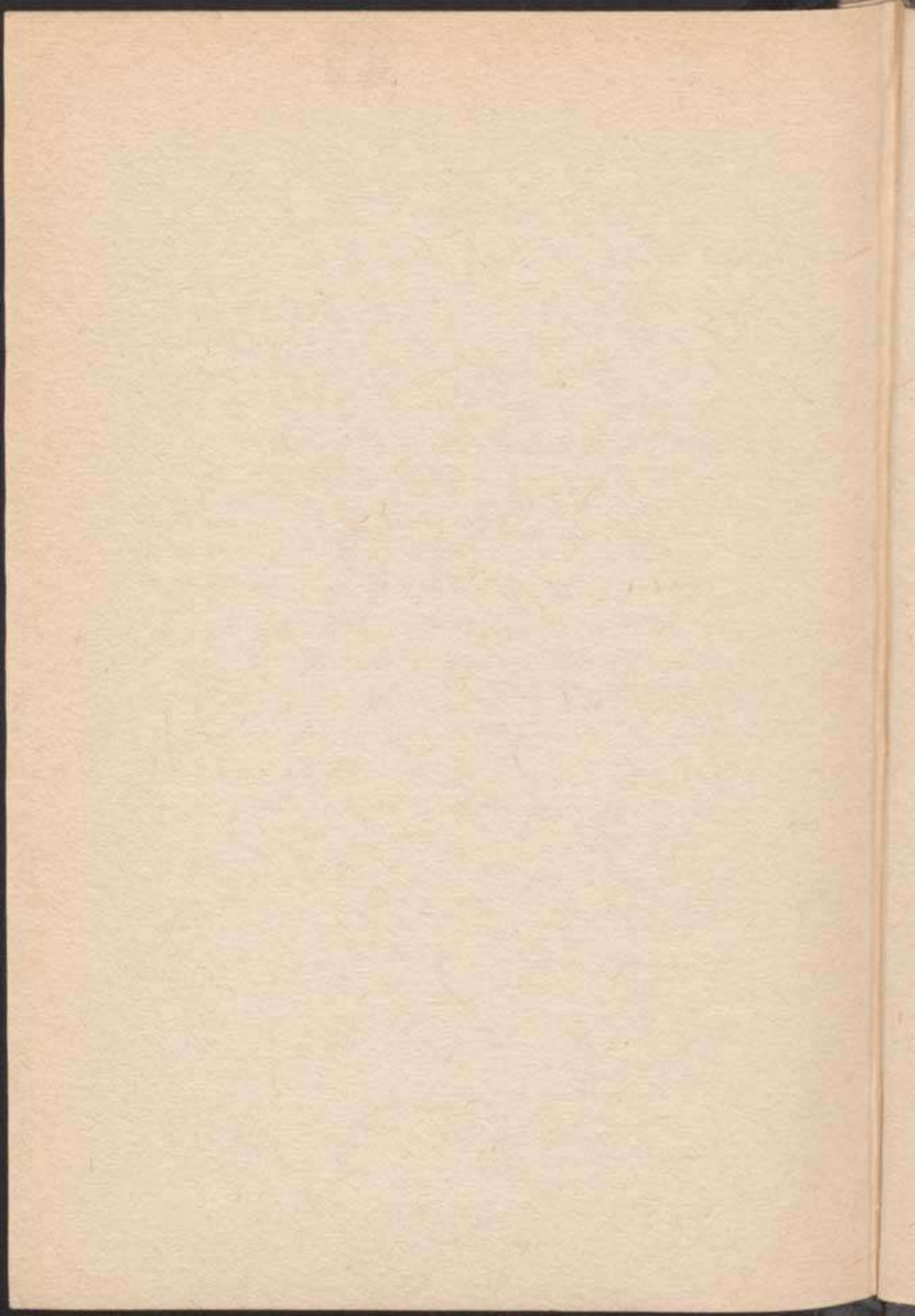
Apenas poseemos datos biográficos, y los vagos y exiguos que podríamos aducir carecen de interés.

Baste saber que los cinco nacieron en las postrimerías del siglo XVI, y finaron hacia la mitad del siguiente.

Pero no queremos cerrar esta concisa nota sin dejar consignado un dato curioso: El Conde de Sex, cuya adaptación narrativa aparece en primer lugar, bajo la paternidad de don Antonio Coello, y que es un drama vibrante y emotivo, ha sido atribuido por algunos críticos, acaso demasiado influídos por la tradición popular, al penúltimo de los Austrias.

Sin embargo, aunque el magnífico Mecenas don Felipe el Cuarto no dejó de competir de vez en cuando con sus favorecidos, creemos esta comedia, El Conde de Sex, bastante inasequible a su mediocre Minerva.





LOS CLASICOS CASTELLANOS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Precio de cada volumen, lujosamente encuadernado
en tela y planchas doradas, TRES pesetas.

AUTORES Y OBRAS QUE CONTIENE CADA VOLUMEN

Calderón de la Barca.

El Alcalde de Zalamea.
La vida es sueño.
La dama duende.
La mojiganga de la muerte.
El desafío de Juan Rana.

Lope de Vega.

Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
El remedio en la desdicha.
El mejor alcalde, el rey.
Fuenteovejuna.

Cervantes.

Las Novelas ejemplares.
Entremeses.

Moreto.

El lindo don Diego.
San Franco de Sena.
El desdén, con el desdén.
El valiente justiciero y el rico-hombre de Alcalá.
La misma conciencia acusa.
Los jueces de Castilla.

Moratin.

El barón.
El médico a palos.

La escuela de los maridos.
El sí de las niñas.
La mojigata.

Don Juan Manuel.

El conde Lucanor.

Duque de Rivas.

El moro expósito.
El cuento de un veterano.
Una antigualla de Sevilla.
El ventero.
Don Alvaro o La fuerza del sino.

Francisco de Rojas.

El más impropio verdugo por la más justa venganza.
Del rey abajo, ninguno y El labrador más honrado,
García del Castañar.
Donde hay agravios no hay celos y Amo y criado
Obligados y ofendidos.
El Caín de Cataluña.

Guillén de Castro.

La fuerza de la costumbre.
La piedad en la justicia.
Las mocedades del Cid (primera parte).
Las mocedades del Cid (segunda parte).

García Gutiérrez.

El trovador.
Venganza catalana.
El Rey monje.
La vuelta del corsario.

Alarcón.

Ganar amigos.
El Tejedor de Segovia (primera parte).
El Tejedor de Segovia (segunda parte).
La prueba de las promesas.

*No hay mal que por bien no venga.
Quien mal anda mal acaba.*

Vélez de Guevara.

*El diablo está en Cantillana.
Reinar después de morir.
Más pesa el rey que la sangre.
La cuna de la sierra.
El Ollero de Ocaña.*

Pérez de Montalbán.

*La doncella de labor.
Cumplir con su obligación.
La toquera vizcaína.
La más constante mujer.
No hay vida como la honra.*

Mira de Mescua.

*Galán valiente y discreto.
La Fénix de Salamanca.
Obligar contra su sangre.
Ni hay dicha ni desdicha hasta la muerte.
Doctor Felipe Godínez.
Aun de noche alumbra el sol.*

José Zorrilla.

*Don Juan Tenorio.
El zapatero y el rey (primera parte).
El zapatero y el rey (segunda parte).
El molino de Guadalajara.*

Escritores del siglo de oro.

ANTONIO COELLO: *El conde de Sex o Dar la vida por su dama.*

ALONSO DEL CASTILLO SOLÓRZANO: *El marqués del Cigarral.*

RODRIGO DE HERRERA: *Del cielo viene el buen Rey.*

ANTONIO HURTADO DE MENDOZA: *Los engaños del mentir.*

En preparación:

Leyendas y tradiciones de todos los países

Volumen 1.º.....	Españolas, I.
" 2.º.....	Españolas, II.
" 3.º.....	De Oriente.
" 4.º.....	" la India.
" 5.º.....	" Grecia.
" 6.º.....	" Roma.
" 7.º.....	" Italia.
" 8.º.....	" Arabes.
" 9.º.....	" Persas.

LIBROS ESCOLARES

	<u>Pesetas</u>
Trazos. Método para aprender a leer, escribir y dibujar en menos de un mes, por J. Demuro. Cartilla 1.ª, 0,10; Cartilla 2.ª, 0,15; Cartilla 3.ª.....	0,15
El Abecé, por J. Plaza.....	0,15
Catón. "Rasgos". Método para aprender a leer por medio de la escritura y el dibujo, por J. Demuro.....	0,90
¿Quieres que te cuente un cuento...? Primer libro de lectura corriente, por J. Demuro...	1
Te voy a contar más cuentos, por J. Demuro.	
El Conde Lucanor, por el Infante Don Juan Manuel	1,50
Biografías de niños célebres. Segundo libro de lectura, por J. Demuro.....	1
Manuscrito infantil, por María Luisa Ramos, Directora de los "Jardines de la Infancia" y de la "Escuela Maternal", de Madrid...	1,25
Manuscrito moderno, por J. Demuro.....	1,50

Selección de Versos Españoles. Libro de lectura y de iniciación al conocimiento de la poesía castellana, por J. Demuro.....	1,75
Selección de Prosistas Castellanos. Libro de lectura y de iniciación al estudio del idioma, por J. Demuro.....	1,75
La moral en la vida. Libro de lectura moderna, por A. R. Charentón, con numerosas ilustraciones. Ejemplar.....	2,50
Las Artes en la Escuela. Libro de lectura y de iniciación al estudio de las Artes útiles, de las Artes bellas y de las Artes liberales, por Luis Huerta.....	2,25
Las Ciencias en la Escuela. Libro de lectura reflexiva y de enseñanza experimental, por A. R. Charentón.....	3
Lecturas Históricas.—Historia anecdótica del trabajo, por Albert Thomas. Adaptación española de Rodolfo Llopis. Edición en cartóné propia para escuelas, 3,50 pesetas. Edición especial, 5. En tela.....	7
Una historia del mundo para los niños, por V. M. Hillyer. Traducción y adaptación por Fernando Sáinz, Inspector general de Primera Enseñanza. Edición escolar, 5 pesetas. Edición lujo.....	7
Correspondencia escolar. Libro de lectura y de iniciación a la redacción personal de cartas, por J. Demuro.....	3
Desarrollo del buen sentido. Libro de lectura, por P. De Vuyst, traducción de J. Demuro	2
Método Pedagógico de Dibujo, dividido en seis grados, seis CARPETAS, con 30 láminas cada una, por Víctor Masriera; cada CARPETA, 2 pesetas; las seis.....	12

	<u>Pesetas</u>
Modelos de trabajo manual. Cuaderno núm. 1.	2
El Tejido y sus aplicaciones. Cuaderno núm. 2 de trabajo manual.....	3
El Modelado en la escuela primaria. Cuader- no de 32 páginas, con hermosas láminas en negro y tricolor.....	3
La Pintura por el recorte. Colección de tres cuadernos con espléndidas láminas a cinco colores, en papel couché. Precio de cada cuaderno	3
El Arte en la Escuela (dibujos al clarión):	
Serie 1. ^a Aplicación de las rectas.....	2
" 2. ^a Aplicación de las curvas.....	2
" 3. ^a Combinación de rectas y curvas.	2
" 4. ^a Figura	2
" 5. ^a Paisaje	2
" 6. ^a Composición	2
" 7. ^a Adorno aplicado a las labores.....	2
" 8. ^a Arte	2
Frisos para las Escuelas:	
N.º 1. En el campo.....	0,40
" 2. Escenas holandesas.....	0,40
" 3. En la playa.....	0,40
" 4. Estío	0,40
" 5. Juegos infantiles.....	0,40
" 6. Jugando a los indios.....	0,40
" 7. Recreos	0,40
" 8. Murga infantil.....	0,40
Sobres para picado y bordado infantil. Tres sobres diferentes, con seis tarjetas cada uno. Cada sobre.....	0,30
Tejido. Carpetas con seis planchas de papel charolado para hacer variados y atrayentes trabajos manuales. Cada sobre.....	0,40
Tiras de papel satinado, en colores, para ejer- cicios de trenzado. Precio del paquete.....	1

Aritmética y Geometría. Contiene todas las operaciones aritméticas y la Geometría completa, por J. Plaza.....	0,30
Programa de Dibujo, dividido en seis grados, muy útil para oposiciones, por Esbry.....	1,25
Libro de asistencia escolar. De 50 hojas, 3 pesetas; de 100.....	5

COLECCION ESTUDIO

Pedagogía Viva. Curso completo y práctico, por Ch. Charrier, Inspector de Primera Enseñanza de París. Traducción al castellano, de la décima edición francesa, de Antonio Ballesteros, Inspector general de Primera Enseñanza. Adoptado de texto en las Escuelas Normales de Europa y América. Ejemplar, 12 pesetas; en tela.....	16
La Pedagogía Viva en las Escuelas maternas y de párvulos, por Ch. Charrier, Inspector de Primera Enseñanza en París. Traducción de Emilia Elías de Ballesteros, Profesora de Pedagogía de la Escuela Normal del Magisterio, de Madrid. Ejemplar, 10 pesetas; en tela.....	12,50
La Metodología en Acción, por L. Detaille. Doctor en Ciencias Pedagógicas. Traducción y adaptación de Aurelio R. Charentón, Profesor de Escuelas Normales. En tela, 12,50 pesetas; en rústica.....	10
La Auto-Educación en el Método Décroly, con una introducción del Dr. Decroly, por J. Deschamps Alexander, ex Directora de la Escuela del Ermitage y del Orfelinato Racionalista de Bruselas. Traducción al castellano de Emilia Elías de Ballesteros,	

Profesora de Pedagogía de la Normal de Madrid. Ejemplar, 4 pesetas; en tela.....	6
La Enseñanza del Idioma (Libro del Maestro). Estudio objetivo, racional y científico de los métodos empleados hasta hoy en España y en el Extranjero para la enseñanza del idioma, y orientaciones pedagógicas para la enseñanza del castellano, por Carmen García Arroyo, Profesora de la Escuela Normal de Ciudad Real.....	3
La Escuela unitaria. Cómo funciona y cómo debe organizarse en los tiempos modernos, por Manuel Alonso Zapata, Director del Grupo escolar "Montesino", de Madrid.....	3
Cómo se enseña el Dibujo y las Bellas Artes en la Escuela primaria, por Lorenzo Gascón, Maestro Nacional y Profesor de la Escuela Normal de Santander. Prólogo de Francisco Esteve Botey, Catedrático de la Escuela Central de Pintura, Escultura y Grabado. Contiene la Pedagogía del Dibujo y su programa cíclico, dividido en seis grados: El Batik, Pirograbado, Fotopintura, Fotominiatura, Estarcido, Grabado en linoleum y celuloide, imitación del hierro forjado por el cartón piedra, Pintura, Modelado, Trazados de mapas, escalas, etc.....	8
Las dificultades en el desenvolvimiento del niño, por María Chadwick. Ejemplar, 5 pesetas; en tela.....	7
La educación por la imaginación, por Margarita McMillán. Ejemplar, 5 pesetas; en tela	7
El Microscopio en la Escuela. Su construcción y aplicaciones en la Escuela primaria,	

por Aurelio R. Charentón. Ejemplar, 5 pesetas; en tela.....	7
Ortografía Española , por D. Luis Huerta, Indispensable para toda clase de cursillos y de oposiciones. Adoptada de texto en muchas Escuelas Normales y de Comercio, Academias e Institutos.....	5
Análisis gramatical , por D. Luis Huerta. Contiene las últimas teorías sobre fonética histórica y actual, morfología y semántica, todo desarrollado con síntesis y claridad admirables. Para preparar unas oposiciones no hay nada mejor; 6 pesetas; en tela.....	8
Prácticas de Dictado, Redacción y Estilo , por Luis Huerta.....	3
El Canto regional en la Escuela primaria , por Rocamora y Campoamor. Contiene, armonizados para los niños: Alborada, El Uno y el Dos, y la Jota de la calle (Valencia); A mí me gusta lo blanco, No le daba el sol, La casa del señor cura y La Pravianiana (Asturias); Las Torrás y El Rosario de la aurora (Murcia); El ruiseñor y La pastora (Cataluña); Jota aragonesa (Aragón); Alalá (Galicia); Saeta y Sevillanas (Andalucía); Zortzico (Vascongadas).....	3
Las Maravillas del Arte Español , por E. R. Sadia. Espléndida obra, que contiene lo más notable de la Arquitectura, Escultura y Pintura de nuestra patria desde sus orígenes hasta nuestros días. Libro indicado para las Bibliotecas escolares y para el "Premio de Honor" de fin de curso. Precio del ejemplar	16
Cartas Comerciales . Novísimo tratado de correspondencia mercantil, por D. José de la	

- Vega, jefe de correspondencia de varias entidades comerciales. Contiene esta obra las más interesantes y modernas orientaciones de la correspondencia mercantil. Inestimable para los empleados de oficinas, industriales y comerciantes. Ejemplar, 5 pesetas; en tela..... 7
- Contabilidad Comercial**, por D. Luis Torón, Ingeniero, Director técnicoadministrativo de varias Empresas industriales. El mejor guía y maestro de los contables, industriales y comerciantes. Adoptada de texto en la mayoría de las Escuelas de Comercio y Academias preparatorias para el ingreso en Bancos y Oficinas. Encuadernada en rústica, con cubierta tricolor, 7 pesetas; en tela. 8
- Código de etiqueta y distinción social**, por el Duque de Camposol. Un hombre de sociedad, el Duque de Camposol, ha reunido en este libro, pulcro y ameno, las buenas costumbres, que la gente educada ha elevado a la categoría de leyes..... 6
- La cocina clásica española**, por el veterano cocinero Alberto León. ¡Maestras! Para enseñar prácticamente la Economía doméstica, nada tan útil como este tratado de cocina, que ha puesto al día la clásica cocina española, de noble abolengo, sana nutrición, presentación atrayente y economía práctica. Encuadernada en rústica, con magnífica cubierta tricolor, 5 pesetas; en tela... 6
- La provincia de León**. Paisajes, hombres, costumbres y canciones, por León M. Granizo, dibujos de Máximo Sanz y una canción de Rogelio Villar..... 4

